

MEDIOCRE MENTE



OSVALDO REBOLLEDA

MEDIOCRE MENTE



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
PARTE I: Diagnóstico	
Identificando la esencia de la mediocridad.....	9
Capítulo uno:	
Cuando la fe se piensa en pequeño.....	10
Capítulo dos:	
El diseño de Dios y el estándar del Reino.....	20
Capítulo tres:	
La religión como fábrica de mediocridad.....	29
Capítulo cuatro:	
Mucha actividad poca unción.....	39
PARTE II: La raíz	
Una mente no transformada.....	47
Capítulo cinco:	
Mentes sin renovación, vidas sin poder.....	48
Capítulo seis:	
Mentalidad de esclavos en hijos del Reino.....	57

Capítulo siete:	
La cultura del mínimo esfuerzo.....	67
 PARTE III: El Reino	
El antídoto de Dios.....	77
 Capítulo ocho:	
El Reino demanda excelencia.....	78
 Capítulo nueve:	
Sabiduría, consagración y gestión.....	87
 Capítulo diez:	
La unción rechaza la mediocridad.....	96
 PARATE IV: Propuesta:	
El llamado a una vida superior.....	105
 Capítulo once:	
Cristianos que gobiernan su asignación.....	106
 Capítulo doce:	
Diseño divino fuera de toda mediocridad.....	115
 Epílogo	124
 Reconocimientos.....	128
 Sobre el autor.....	130

INTRODUCCIÓN

“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia; porque a Cristo el Señor servís.”

Colosenses 3:23-24

No todo lo que es común es sano. No todo lo que es frecuente es correcto. Y no todo lo que se ha vuelto normal en la Iglesia refleja el diseño original de Dios. Vivimos en un tiempo en el que muchos creyentes aman sinceramente al Señor, oran cada día, asisten a congregaciones y sirven en diferentes áreas, y sin embargo llevan una vida espiritual que no manifiesta plenitud, autoridad ni transformación profunda.

Sinceramente, no creo que esto se deba a una falta de fe. Tampoco es falta de actividad, porque incluso estamos padeciendo un activismo evangélico agotador. Lo que deseo señalar es algo más silencioso y, precisamente por eso, más peligroso: una forma de cristianismo que ha aprendido a conformarse con una medida común para todas las cosas.

La mediocridad espiritual no grita; se instala. No confronta; se adapta. No destruye de golpe; desgasta lentamente. Se expresa en cultos correctos, pero sin peso espiritual; en prédicas motivacionales, pero fuera del pacto;

en música afinada, pero sin unción; en líderes hiperactivos, pero secos por dentro; en creyentes sinceros que, sin darse cuenta, viven muy por debajo de lo que Cristo conquistó para ellos en la cruz.

Por eso este libro no fue escrito para acusar a nadie, sino para despertar la pasión. No para exponer, sino para reposicionar. No para decir simplemente “lo que está mal en la Iglesia”, sino para recordar que los hijos de Dios fuimos creados para algo mucho más grande de lo que hoy estamos experimentando.

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Escritura revela a un Dios que no creó al ser humano para sobrevivir, sino para gobernar; no para apenas resistir, sino para manifestar Su gloria; no para vivir a medias, sino para vivir desde el cielo hacia la tierra. El problema es que muchos creyentes han reducido el cristianismo a reuniones, actividades y rutinas religiosas, cuando en realidad el Reino de Dios es un diseño para transformar la mente, el carácter, la familia, el trabajo, la sociedad y cada esfera de la vida.

Cuando la fe se desconecta del Reino, aparece la mediocridad. Cuando la mente no es renovada, la vida se vuelve pequeña. Cuando la identidad no es asumida, el creyente comienza a vivir como huérfano, aunque sea hijo, y sus valores terminan siendo moldeados por un promedio que Dios nunca estableció.

Este libro se llama Mediocre-mente porque la mediocridad no comienza en las manos, sino en la mente. No nace de la falta de dones, sino de pensamientos limitados. No surge de la falta de oportunidades, sino de una identidad espiritual mal entendida. Como dice la Escritura: ***“Tal como el hombre piensa en su corazón, así es él”*** (Proverbios 23:7). Por eso, una mente no transformada produce una vida conformada.

Aquí no hablaremos de perfeccionismo humano ni de competencia religiosa. Hablaremos de algo mucho más profundo: de lo que sucede cuando una persona vive verdaderamente conectada con el Nuevo Pacto, con la presencia de Dios y con el gobierno del Reino. La excelencia bíblica no es arrogancia; es alineación. La consagración no es legalismo; es intimidad. La disciplina no es rigidez; es honra.

La mediocridad espiritual no es humildad: es resignación. Y Cristo no murió para que vivamos resignados. Él vino para devolvernos la vida que perdimos, la autoridad que entregamos y la identidad que olvidamos. No nos salvó para que seamos creyentes promedio, sino hijos que manifiestan el carácter del Padre en cada área de la vida. No para que simplemente asistamos a la Iglesia, sino para que seamos la Iglesia dondequiera que estemos.

Si alguna vez has sentido que tu vida espiritual podría ser más profunda, más firme, más fructífera y más significativa de lo que hoy experimentas, este libro es para ti.

No porque estés mal, sino porque como hijo de Dios fuiste creado para desarrollar un mayor potencial y vivir en la plenitud de Cristo.

Es tiempo de dejar atrás la mediocridad y entrar, de una vez por todas, en el diseño glorioso que Dios soñó para nuestras vidas. Este libro es una herramienta de reflexión y un impulso hacia un avance espiritual extraordinario. Te ruego que le dediques un tiempo digno. Puedo asegurarte que será una inversión que dará fruto eterno.

***“Dichoso el que halla sabiduría, el que adquiere
inteligencia. Porque ella es de más provecho que la plata y
rinde más ganancias que el oro. Es más valiosa que las
piedras preciosas: ¡ni lo más deseable se le puede
comparar!”***

Proverbios 3:13 al 15

PARTE I

DIAGNÓSTICO: IDENTIFICANDO LA ESENCIA DE LA MEDIOCRIDAD

Capítulo uno

CUANDO LA FE SE PIENSA EN PEQUEÑO

“Confía en el Señor de todo corazón y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos y él allanará tus sendas.”

Proverbios 3:5 y 6

La Escritura declara que el ser humano no es definido por lo que hace, sino por lo que cree, por lo que piensa y por la forma en que percibe la realidad. La verdad bíblica de que tal es el pensamiento en el corazón de una persona la revela como es en realidad, es un hecho contundente, ya que la vida que se manifiesta exteriormente no es más que el reflejo de un mundo interior.

Por eso, la mediocridad espiritual nunca comienza en las acciones, sino en la mente. Antes de que una iglesia sea tibia, alguien ya pensó pequeño. Antes de que una vida se conforme, primero se resignó en su interior. Antes de que una fe se vuelva rutinaria, primero se volvió limitada en su comprensión de Dios.

La mediocridad espiritual es una de las tragedias más silenciosas de nuestro tiempo. No hace ruido, no escandaliza, no produce divisiones abiertas, pero va apagando lentamente la gloria de Dios en la vida de los creyentes. Se manifiesta cuando el cristianismo deja de ser una experiencia viva y se convierte en un hábito religioso. Cuando la fe deja de transformar y solo acompaña. Cuando la Palabra deja de confrontar y solo consuela. Cuando el Espíritu Santo deja de gobernar y solo es invocado.

Muchos creyentes no viven en pecado abierto, pero viven muy por debajo de su llamado. No están perdidos, pero tampoco están avanzando. No están lejos de Dios, pero tampoco están profundamente unidos a Él. Viven en una especie de zona intermedia, de tibieza espiritual que Jesús mismo denunció con palabras severas: ***“Por cuanto no eres ni frío ni caliente... te vomitaré de mi boca”*** (Apocalipsis 3:16). La tibieza no es una falta de fe, es una fe que perdió intensidad. No es incredulidad, es una creencia sin pasión ni entrega. Es, en esencia, una fe mediocre.

Dios no creó al ser humano para una vida a medias. Desde el principio, el diseño divino fue claro: el hombre debía portar Su imagen, reflejar Su carácter y ejercer gobierno sobre la creación. ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree...”*** (Génesis 1:26). La mediocridad es, por lo tanto, una negación del propósito original de Dios. Es vivir sin ejercer el señorío espiritual que fue entregado por el Creador. Es

aceptar una versión reducida de lo que significa ser hijo de Dios.

Sin embargo, una de las mentiras más peligrosas que se ha infiltrado en la Iglesia es que conformarse es una forma de humildad. Nada más lejos de la verdad. La humildad bíblica no es pensar poco de uno mismo, sino pensar correctamente delante de Dios. Un hijo que vive como esclavo no es humilde, es ignorante de su identidad. Un creyente que acepta una vida pequeña no honra a Dios, sino que vive desconectado de la herencia que recibió en Cristo.

El apóstol Pablo lo expresa con claridad cuando escribe a los romanos: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...”*** (Romanos 12:2). La palabra conformarse es clave. Significa adoptar la forma del sistema, ajustarse a su molde, pensar como piensa el mundo. Y el mundo produce mediocridad espiritual porque su sistema está basado en la autosuficiencia, el mínimo esfuerzo y la supervivencia, no en la fe, la dependencia de Dios y la manifestación del Reino.

Cuando la mente no es renovada por la Palabra, inevitablemente es moldeada por la cultura. Y la cultura de este tiempo no empuja a la excelencia espiritual, sino al conformismo. Enseña a vivir cómodamente, a no esforzarse demasiado, a no tomar riesgos, a no ir más allá de lo necesario. Esa mentalidad, cuando entra en la Iglesia, produce creyentes que buscan un cristianismo cómodo, sin cruz, sin entrega profunda, sin transformación radical.

El problema es que el Reino de Dios no funciona con esa lógica. Jesús nunca llamó a nadie a una vida cómoda. Llamó a morir para vivir. A perder para ganar. A dejar para recibir. A negarse para ser transformado. Cuando la fe se reduce a asistir a reuniones y cumplir con actividades, pierde su poder de transformación. La vida cristiana se vuelve predecible, segura, controlable... y profundamente mediocre.

Una fe que no exige nada termina produciendo nada. Una fe que no confronta no transforma. Una fe que no cuesta nada no tiene peso espiritual. Por eso, tantas vidas cristianas hoy son frágiles, inestables y sin impacto. No porque Dios no sea poderoso, sino porque la mente que lo recibe se ha vuelto pequeña.

La mediocridad espiritual también se expresa en la forma en que se sirve a Dios. Muchos hacen cosas para Él, pero no desde Él. Hay mucha actividad, pero poca unción. Mucho movimiento, pero poca gloria. Mucho ruido, pero poca presencia. Se predica la verdad, pero sin autoridad. Se canta con técnica, pero sin fuego. Se organizan programas, pero no se produce transformación.

Esto sucede porque la mente mediocre confunde ocupación con obediencia, y movimiento con dirección. El Reino no se edifica con activismo, sino con alineación. Dios no busca gente ocupada, sino gente rendida. No busca personas que hagan cosas para Él, sino hijos que vivan, se muevan y sean en Él (**Hechos 17:28**).

Cuando la mente es pequeña, la fe se vuelve pequeña. Y cuando la fe se vuelve pequeña, la vida espiritual pierde su capacidad de influir. El creyente ya no gobierna su mundo; apenas sobrevive en él. Ya no transforma su entorno; apenas se adapta. Ya no es luz; apenas es un reflejo débil en medio de la oscuridad.

Sin embargo, la Escritura nos muestra una y otra vez que los hombres y mujeres que caminaron con Dios no vivieron de manera mediocre. Daniel no fue excelente porque quería destacarse, sino porque el Espíritu de Dios estaba en él. José no fue próspero porque tuvo suerte, sino porque el favor de Dios gobernaba su mente. David no venció a Goliat por habilidad, sino porque tenía una revelación correcta de quién era Dios y quién era él delante de Dios.

El problema se evidencia cuando hablamos una y otra vez de las proezas de los hombres bíblicos, y los admiramos como si fueran superhéroes, pero nosotros asumimos estar en un nivel muy inferior a ellos, casi como si compararnos fuera un acto de atrevido orgullo. En realidad, nosotros vivimos un Pacto muy superior a los que vivieron ellos y tenemos muchas más virtudes que ellos, porque nosotros vivimos en Cristo.

Cuando asumimos tener un Dios más grande en la Biblia que en la vida, ya estamos en la plataforma de la mediocridad. Jesús dijo: ***“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre”*** (Juan 14:12).

Jesús nunca pensó que su legado para nosotros fuera inferior al potencial que Él mismo manifestó, y nosotros deberíamos honrar eso.

La excelencia espiritual no es una meta humana, es una consecuencia de una mente alineada con el cielo. Cuando alguien sabe quién es en Cristo, no puede vivir de manera pequeña. Cuando alguien entiende Su Pacto, no puede conformarse. Cuando alguien vive conectado al Reino, no puede aceptar una vida sin fruto.

Este libro comienza aquí porque toda transformación real comienza en la mente. No en el esfuerzo, no en la disciplina, no en la actividad, sino en la forma en que pensamos, creemos y vemos a Dios, a nosotros mismos y a la vida. Una mente mediocre produce una fe mediocre. Pero una mente renovada produce una vida que refleja la gloria de Dios.

La mediocridad espiritual no aparece de un día para otro. Es un proceso lento, casi imperceptible, que comienza cuando el creyente deja de vivir desde la revelación y empieza a vivir desde la costumbre. Al principio no parece algo grave: se sigue asistiendo, se sigue sirviendo, se sigue hablando de Dios.

Pero la fe ya no nace del asombro ni del encuentro vivo con el Señor, sino de la repetición. La Palabra deja de ser fuego y se convierte en información. La oración deja de ser comunión y se vuelve rutina. La adoración deja de ser entrega

y pasa a ser un momento dentro de un programa. Cuando eso sucede, la mente ya no es gobernada por el Espíritu, sino por la inercia. Y la inercia espiritual siempre conduce hacia abajo. Nunca hacia arriba.

Jesús dijo: ***“El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir” (Juan 10:10).*** Una de las formas más sutiles en que el enemigo roba es quitando la expectativa, apagando el hambre, disminuyendo la visión. Cuando el creyente deja de esperar grandes cosas de Dios, empieza a aceptar una vida pequeña como algo normal. Y cuando eso se normaliza, la mediocridad se vuelve invisible.

Muchos cristianos no están en rebeldía; están anestesiados. No están en pecado; están conformados. No han dejado a Dios; pero han dejado de creer que Dios puede manifestarse con poder en su vida cotidiana. Ya no esperan ver milagros en su carácter, en su familia, en su trabajo, en su entorno. Han aprendido a convivir con sus limitaciones internas, con sus luchas no resueltas, con su falta de fruto. Y eso es una forma profunda de incredulidad.

La Escritura nos muestra que la fe bíblica siempre produce expansión. Abraham no fue llamado para quedarse donde estaba, sino para salir, para crecer, para heredar. Israel no fue liberado para vivir en el desierto, sino para entrar en la tierra prometida. Los discípulos no fueron llamados para quedarse en Jerusalén, sino para ir hasta lo último de la tierra. El Reino de Dios es un Reino de avance, no de estancamiento.

La mediocridad, en cambio, es estancamiento espiritual. Es una vida que se mantiene en un nivel apenas aceptable. No es que esté muerta, pero tampoco está plenamente viva. Es como una llama pequeña que sigue encendida, pero que ya no alumbra ni calienta.

Cuando la mente se acostumbra a eso, la fe pierde su filo. Ya no se lucha por crecer, ya no se pelea por santidad, ya no se persigue una comunión más profunda con Dios. Se acepta la versión mínima de la vida cristiana. Y eso es devastador, porque el Espíritu Santo no fue dado para una vida mínima, sino para una vida llena.

Jesús dijo: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”***. La palabra abundancia no significa exceso material, sino plenitud de vida, intensidad espiritual, expansión interior, profundidad de comunión con Dios. La mediocridad es lo opuesto a eso. Es una vida cristiana sin abundancia, sin peso, sin gloria.

Por eso, cuando una iglesia se llena de creyentes que piensan pequeño, inevitablemente producirá un cristianismo pequeño. Predicaciones que no confrontan, para no incomodar. Reuniones que no buscan la presencia, sino la comodidad. Liderazgos que no exigen consagración, para no perder gente. Y así, lentamente, la Iglesia deja de ser un ejército espiritual y se convierte en un club religioso.

Pero Dios nunca diseñó a Su pueblo para ser un club. Lo diseñó para ser un cuerpo vivo, una nación santa, un

sacerdocio real. Y todo eso exige una mente renovada, una fe activa y una vida que no se conforme.

El apóstol Pablo decía: *“Prosigo al blanco”*. No decía “me conformo con haber llegado hasta aquí”. Prosigo implica avanzar, crecer, estirarse, no quedarse en el mismo nivel espiritual. La mediocridad detesta ese lenguaje, porque la mediocridad ama la zona cómoda.

Salir de la mediocridad siempre implica incomodarse. Implica cuestionar hábitos, revisar pensamientos, confrontar creencias limitantes. Implica dejar de decir “así soy yo” y empezar a decir “así quiere Dios que sea”. Implica dejar de vivir desde la experiencia pasada y empezar a vivir desde la promesa eterna.

Dios no tiene problema con nuestras debilidades. Tiene problema con nuestra resignación. No le molesta nuestra humanidad, pero sí nuestra falta de hambre. Él no busca perfección, busca entrega. Y donde hay entrega, la mediocridad no puede sobrevivir.

Este primer capítulo no fue escrito para que alguien se sienta mal, sino para que se sienta llamado. Llamado a una vida más profunda, más firme, más llena de Dios. Porque la mediocridad no es el destino del creyente. Es solo una estación... de la que se puede salir. Y ese camino de salida comienza cuando la mente deja de pensar pequeño y empieza a alinearse con la grandeza del Reino.

“Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.”

Efesios 3:20 y 21

Capítulo dos

EL DISEÑO DE DIOS Y EL ESTÁNDAR DEL REINO

“Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.”

Eclesiastés 3:11

Desde el principio, Dios nunca pensó al ser humano en términos de mediocridad. El relato de la creación no presenta a un Dios que fabrica criaturas destinadas a sobrevivir, sino a un Padre que forma hijos llamados a reflejar Su gloria y a ejercer Su gobierno en la tierra. Cuando Dios declaró que deseaba que el hombre se enseñoreara de la creación, estaba pensando en un propósito extraordinario y sin ningún tipo de egoísmo.

La palabra “*señoree*” mencionada en **Génesis 1:26**, no describe una existencia pasiva, sino una vida activa de autoridad, responsabilidad y administración. El hombre fue creado para gobernar bajo Dios, no para simplemente ocupar espacio en la creación.

Cuando la Escritura afirma que el ser humano fue hecho a imagen y semejanza de Dios, no está hablando solo de una dimensión espiritual invisible, sino de una capacidad integral de pensar, decidir, crear, ordenar y ejercer influencia. Dios no es un ser mediocre, y por lo tanto, su imagen en el hombre no puede expresarse en una vida mediocre. La mediocridad es una distorsión del diseño original. Es una versión reducida de la identidad que Dios entregó en el principio.

El pecado no solo separó al hombre de Dios, sino que fragmentó su percepción de sí mismo. El ser humano dejó de verse como portador de gloria y comenzó a verse como alguien que apenas puede sobrevivir. La caída no solo produjo culpa; produjo una mentalidad de escasez espiritual. Desde entonces, el ser humano ha tendido a vivir por debajo de su potencial, no porque Dios haya cambiado Su diseño, sino porque la mente humana quedó dañada por la operación de las tinieblas.

Sin embargo, la redención en Cristo no es solo un perdón de pecados, es una restauración del diseño. Pablo declara que somos “nueva creación”. Eso significa que en Cristo no solo somos limpiados, sino recreados según el modelo original. Recuperamos nuestra identidad como hijos, como herederos y como representantes del Reino. ***“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).*** Esta verdad anula toda justificación para una vida cristiana mediocre.

El Reino de Dios no es una idea religiosa; es una realidad espiritual que gobierna. Jesús no vino a fundar una religión, vino a anunciar y establecer un Reino. Y todo reino tiene estándares, valores, autoridad y cultura. Cuando una persona entra en un reino, no puede seguir viviendo como antes. Su identidad cambia, sus valores cambian, sus prioridades cambian. De la misma manera, cuando una persona entra en el Reino de Dios, su forma de pensar, vivir y actuar debe alinearse con ese gobierno celestial.

Jesús lo dijo con claridad: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia...”*** (Mateo 6:33). Él no dijo que buscáramos una experiencia espiritual ocasional, sino un sistema de vida gobernado por Dios. El Reino no es un complemento a nuestra vida; es la nueva estructura de nuestra existencia. Vivir mediocrementemente dentro del Reino es una contradicción. Es como tener acceso a un trono y elegir vivir como mendigo.

La mentalidad del Reino es incompatible con la mediocridad porque el Reino opera desde la abundancia de Dios, no desde la escasez humana. Dios no gobierna por sobrevivencia, sino por plenitud. Por eso Jesús dijo: ***“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino”*** (Lucas 12:32). No nos dio apenas una porción, nos dio el Reino entero. Y el Reino no es pequeño, es extraordinario y eterno.

Cuando un creyente vive con una mentalidad pequeña, no es porque Dios le haya dado poco, sino porque no ha

comprendido lo que ha recibido. La mediocridad espiritual muchas veces no es falta de fe, sino ignorancia del Pacto en el cual vivimos. No sabemos lo que tenemos, y por eso vivimos como si no lo tuviéramos.

Esto es muy sorprendente, porque mis enseñanzas tienen dos fundamentos infaltables, el Reino y el Nuevo Pacto, y puedo notar claramente, que en muchas congregaciones las enseñanzas causan una gran conmoción, cuando en realidad deberían ser un elemento enriquecedor de lo que ya se sabe. Sin embargo, muchos hermanos se muestran asombrados, como si lo que les estuviera enseñando fuera algo revolucionario.

Esta sorpresa o asombro, solo manifiesta la falta de conocimiento de lo que implican las riquezas del Nuevo Pacto y las dimensiones del Reino. Incluso, en una ocasión, un supuesto apóstol dijo que las enseñanzas del Nuevo Pacto estaban causando muchos problemas en la Iglesia. Esto, como si la enseñanza del Nuevo Pacto fuera una nueva corriente de pensamiento evangélico.

Lo mismo ocurre con el Reino, muchos ministros enseñan que el Reino es el lugar a donde tenemos acceso luego de nuestra muerte, y que solo será establecido en la tierra en la segunda venida del Señor. Esto me parece gravísimo, porque tenemos un Dios al que le llamamos Rey y se supone que buscamos Su gobierno o voluntad cada día. Pensar que el Reino todavía no está operativo en la Iglesia, no solo hace mediocre a quienes piensan así, sino que impide

la manifestación del poder espiritual que debe demostrar la Iglesia.

Es claro que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), pero la Iglesia es la excepción. De lo contrario, que sentido tendría orar con el diseño del “Padre nuestro” (**Mateo 6:9 al 13**), a menos que el “venga Tu Reino” sea una expresión de deseo para el futuro. Bueno, la verdad es que me parece innecesario tener que aclarar estas cosas, pero lo hago, porque lo que considero obvio, para otros ministros no es tan así.

Lo que quiero dejar en claro, es que, si no vivimos Reino y si no comprendemos las virtudes del Nuevo Pacto, terminaremos viviendo una espiritualidad mediocre. Dios no nos salvó en Cristo para que practicáramos una simple religión. Nos salvó para que vivamos en la persona de Cristo, que lo expresemos dando fruto y viviendo bajo Su voluntad y que manifestemos la autoridad y el poder del Reino.

La Escritura afirma que somos *“real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”* (**1 Pedro 2:9**). Estas expresiones no describen una comunidad mediocre, sino una comunidad investida de dignidad, autoridad y propósito. Un sacerdocio real no puede vivir como si no tuviera acceso al Rey. Una nación santa no puede comportarse como si no tuviera identidad. Un pueblo adquirido no puede vivir como si no tuviera dueño.

El estándar del Reino no es la comparación con otros creyentes, sino la naturaleza misma de Dios. ***“Sed santos, porque yo soy santo”***, declara el Señor (1 Pedro 1:16). Y también: ***“Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”*** (Mateo 5:48). Estas palabras no hablan de perfección humana sin errores, sino de plenitud, integridad, madurez espiritual en la persona de Cristo. Dios no nos llama a una vida aceptable, sino a una vida alineada con todo lo que nos es otorgado en Cristo.

La mediocridad se conforma con lo mínimo. El Reino llama a lo máximo. No en esfuerzo humano, sino en rendición y fe. Dios no nos exige grandeza; nos ofrece Su grandeza para que vivamos desde ella. Pero para eso, la mente debe ser renovada y el corazón debe ser entregado diariamente con humildad.

El Reino de Dios no solo redefine quiénes somos, sino también cómo vivimos. Cuando Jesús anunció que el Reino se había acercado, no estaba invitando a las personas a una nueva religión, sino a una nueva forma de existencia. El Reino trae un estándar que no se basa en lo que el ser humano puede lograr, sino en lo que Dios es. Por eso, el estándar del Reino siempre es más alto que el estándar del sistema, no porque Dios quiera presionarnos, sino porque quiere elevarnos.

Vivir bajo el gobierno del Reino implica permitir que Dios determine lo que es normal en nuestra vida. Y lo que Dios considera normal es muy diferente de lo que la cultura

considera aceptable. Para el mundo, es normal vivir con temor, inseguridad, mediocridad, resignación y falta de visión. Para el Reino, eso es una anomalía. El Reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Es una realidad donde el cielo influye la tierra.

Cuando un creyente no vive desde el Reino, inevitablemente vive desde la lógica del mundo. Aunque ame a Dios, aunque asista a la iglesia, aunque lea la Biblia, su vida es gobernada por paradigmas que no provienen del cielo. Y esos paradigmas producen límites internos: límites en la fe, en la visión, en la expectativa, en la obediencia. La persona no vive en rebelión; vive en reducción.

Por eso Jesús enseñó tanto sobre la mentalidad del Reino. Sus parábolas no eran historias bonitas; eran herramientas para cambiar la forma de pensar. ***“El Reino de los cielos es semejante a...”***, decía una y otra vez, porque Él sabía que, sin una nueva forma de ver la realidad, nadie puede vivir una nueva forma de vida. Además, no dejó esto en la mano de los hombres, por eso le dijo al maestro Nicodemo que si deseaba ver el Reino o entrar en él, le sería necesario nacer de nuevo (**Juan 3:3 al 5**).

La mediocridad espiritual, en el fondo, se expresa a través de una mente que nunca fue disciplinada por el Reino. Puede haber sido instruida en doctrina, pero no ha sido transformada por revelación. Puede conocer versículos, pero no vive desde una visión del cielo. Y una mente sin visión siempre se conformará con lo poco que obtiene.

El Reino nos llama a vivir como hijos, no como empleados espirituales. Un empleado hace lo mínimo para cumplir. Un hijo da todo porque ama. La mediocridad es la mentalidad del empleado en la casa del Padre. Cumple horarios, obedece reglas, pero no comparte el corazón del Padre ni su pasión por la casa. De hecho, creo que muchos hermanos han cultivado una lamentable mentalidad de subsidiados. Es decir, solo se conforman con migajas otorgadas por inagotables reclamos, pero no se capacitan para ser productivos.

Jesús nunca vivió de manera mediocre porque vivía totalmente alineado con el Padre. Él dijo: ***“Mi comida es hacer la voluntad del que me envió” (Juan 4:34)***. Eso no es fanatismo, es identidad. Cuando alguien sabe quién es y para qué vive, no puede vivir a medias, sino que lo hará con toda intensidad y pasión.

El estándar del Reino no es perfección externa, es coherencia interna. Es una vida donde lo que creemos, lo que decimos y lo que hacemos están alineados. La mediocridad, en cambio, produce una división interior: es cuando algunos cristianos creen cosas grandes, pero solo viven cosas pequeñas; confiesan promesas, pero solo aceptan límites; hablan de victoria, pero solo viven en resignación.

Dios no nos llama a vivir sin luchas, pero sí nos llama a vivir sin resignación. La lucha es parte del crecimiento; la resignación es la muerte de la fe. El Reino produce creyentes

que pelean por lo que Dios prometió, no creyentes que se adaptan a lo que el mundo permite.

Cuando alguien entiende el estándar del Reino, deja de medir su vida por lo que otros hacen y empieza a medirla por lo que Dios dijo. Y eso es profundamente liberador. Ya no se trata de ser mejor que otros, sino de ser fiel a los diseños de Dios.

El propósito de este capítulo es que el lector pueda ver que la mediocridad no es una condición inevitable, sino una distorsión corregible. El Reino no fue diseñado para unos pocos espirituales; fue diseñado para todos los hijos de Dios. Y vivir bajo su gobierno es el camino para salir de una vida pequeña y entrar en una vida verdaderamente abundante y llena de logros productivos.

La grandeza del Reino no se manifiesta en espectáculos, sino en vidas transformadas. Y esa transformación comienza cuando la mente deja de conformarse y el corazón vuelve a alinearse con el Rey.

“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.”

Colosenses 3:23 y 24

Capítulo tres

LA RELIGIÓN COMO FÁBRICA DE MEDIOCRIDAD

“¿Son tan duros para entender, que habiendo comenzado con el Espíritu quieren ahora terminar con algo puramente humano?”

Gálatas 3:3 DHH

Uno de los mayores engaños espirituales de nuestro tiempo consiste en confundir actividad religiosa con vida espiritual. A lo largo de la historia, la religión ha demostrado una sorprendente capacidad para producir personas sinceras, disciplinadas y moralmente correctas, pero profundamente desconectadas del corazón de Dios.

Jesús fue claro y contundente cuando habló de los fariseos: hombres expertos en las Escrituras, rigurosos en el cumplimiento de normas y respetados por la sociedad, pero espiritualmente muertos. La religión tiene la habilidad de pulir la conducta sin transformar el corazón, y cuando eso sucede, el resultado inevitable es una espiritualidad mediocre.

La religión se apoya en lo que el ser humano hace para Dios. El Reino, en cambio, se fundamenta en lo que Dios hace en el ser humano. Esta diferencia lo cambia todo. Cuando la fe se reduce a cumplir reglas, asistir a reuniones y sostener una imagen correcta, la vida espiritual se transforma en una carga. Y cuando se vuelve una carga, pierde su gozo, su fuego y su poder transformador. La mediocridad nace cuando la relación con Dios es reemplazada por un sistema de obligaciones.

Jesús no vino a reformar la religión; vino a dismantlarla. Vino a restaurar una relación viva y genuina entre Dios y el ser humano. Por esa razón, los líderes religiosos de su tiempo fueron quienes más se opusieron a Él. Su sistema les ofrecía control, estatus y seguridad. El Reino, en cambio, exigía rendición, fe y total dependencia de Dios. Y eso resultaba demasiado costoso para quienes preferían una espiritualidad manejable.

La religión produce creyentes que saben qué hacer, pero no saben quiénes son. Aprenden a comportarse, pero no a vivir desde una identidad de hijos. Por eso, su vida espiritual se vuelve mecánica: oran porque deben, no porque desean; sirven por responsabilidad, no porque su corazón arde; cantan porque es parte del culto, no porque la presencia de Dios los consume.

Cuando la fe se vuelve mecánica, la mediocridad es inevitable. La vida espiritual pierde su capacidad de sorprender, confrontar y renovar. Se transforma en una rutina

que se repite semana tras semana sin producir una verdadera transformación en la mente ni en el carácter. Una fe que no transforma, termina reducida a entretenimiento religioso.

La religión también enseña a medir la espiritualidad mediante estándares externos: cuántas veces asistimos, cuántas actividades realizamos, cuántos versículos conocemos. El Reino, en cambio, mide la espiritualidad por frutos: amor, dominio propio, humildad, autoridad espiritual y una vida transformada. La religión se conforma con las apariencias; el Reino busca la realidad.

Por eso, muchas iglesias están llenas de personas correctas, pero vacías de personas verdaderamente espirituales. Hay estructuras, programas y ministerios, pero no una manifestación consistente del Reino de Dios en la vida diaria. Cuando la fe no impacta la manera de vivir, trabajar, relacionarse y decidir, se ha convertido en una fe mediocre.

Jesús advirtió: ***“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí”*** (Mateo 15:8). Esa distancia entre lo que se dice y lo que se vive es el terreno fértil donde florece la mediocridad. No siempre por hipocresía consciente, sino porque se ha aprendido a vivir una espiritualidad superficial que no distingue entre apariencia y verdad.

Quienes quedan atrapados en la religiosidad suelen sentirse cómodos en ella. La gente del Reino no. El Reino confronta, sacude, desarma y vuelve a edificar. La religión

calma la conciencia; el Reino transforma la vida. La religión produce cristianos conformes; el Reino forma discípulos que crecen y manifiestan su potencial en Cristo.

Muchos creyentes genuinamente regenerados no fueron llamados a una fe mediocre, pero han sido discipulados por sistemas religiosos que les enseñaron a no esperar demasiado ni de Dios ni de sí mismos. Aprendieron a vivir con una versión reducida del Evangelio: una que salva el alma, pero no gobierna la vida; una que los mantiene contenidos en el temor, pero no los forma como conquistadores.

Jesús no murió solo para llevarnos al cielo; murió para traer el cielo a nuestra vida. Y eso no puede ocurrir dentro de una espiritualidad dominada por la religión. Las enseñanzas religiosas, aun bien intencionadas, muchas veces introducen estructuras de esclavitud que sostienen a los creyentes en pasividad, temor y mediocridad.

Este engaño es frecuente tanto en congregaciones abiertamente legalistas como en otras que se presentan como renovadas, pero que utilizan conceptos y métodos que producen el mismo efecto. Ya sea por pasividad o por activismo, la religiosidad siempre desemboca en mediocridad.

El espíritu religioso es uno de los mayores obstáculos para una vida cristiana profunda, porque crea la ilusión de espiritualidad sin vida espiritual. La persona siente que está

bien con Dios porque cumple rituales, mantiene una conducta aceptable y participa en actividades congregacionales, pero su corazón nunca ha sido verdaderamente rendido. Vive una fe basada en la costumbre, no en la comunión.

Jesús denunció esta realidad cuando dijo que los fariseos limpiaban lo de afuera del vaso, mientras que por dentro estaban llenos de rapacidad y muerte. No se refería solo al pecado moral, sino a una desconexión interior. La religión cuida la imagen; el Reino transforma la esencia. La religión busca creyentes que parezcan santos; el Reino busca hijos que lo sean en lo profundo.

La mediocridad espiritual prospera cuando la vida cristiana se reduce a un sistema controlable. La religión permite sentirse espiritual sin morir al yo, hablar de Dios sin escuchar Su voz, servirle sin obedecerlo en lo íntimo. Así, el corazón se acostumbra a una fe sin rendición.

Cuando el Espíritu Santo deja de ser el centro, la estructura ocupa su lugar. Cuando la relación se debilita, la organización se vuelve prioritaria. Cuando el fuego se apaga, se lo reemplaza con actividad. El resultado es un cristianismo funcional, pero sin gloria.

Muchos creyentes viven atrapados en esta dinámica. Sienten sequedad, falta de profundidad y estancamiento espiritual, pero no logran identificar la causa. La respuesta es tan simple como dolorosa: han aprendido a vivir desde la religión y no desde el Reino.

El Reino es incómodo porque exige cambio. La religión es cómoda porque solo exige cumplimiento. El Reino confronta la mente, el carácter y las prioridades. La religión se conforma con la conducta externa. El Reino nos llama a una vida de fe; la religión nos encierra en una vida de hábitos.

Por eso Jesús llamó a sus seguidores al camino de la nueva vida. No los llamó a una simple reforma externa, ni a mejorar conductas, sino a recibir la vida que solo Él puede otorgar. Porque una vida nueva no puede edificarse sobre una mente vieja, y una fe viva no puede habitar dentro de una estructura muerta. El Nuevo Pacto es vino nuevo, y solo puede ser depositado en odres nuevos (**Lucas 5:37 al 39**).

La mediocridad espiritual no se vence con más actividades, sino con mayor presencia de Dios. No se supera con más programas, sino con más rendición. No se erradica con más control, sino con una dependencia real del Espíritu Santo. Hay demasiados hijos de Dios atrapados en la religiosidad, y esta es una de las razones por las cuales la Iglesia no está logrando una penetración efectiva en el sistema del mundo.

Aclaro que de ninguna manera esta exposición pretende ser una crítica destructiva hacia la Iglesia. Por el contrario, es una advertencia amorosa. Dios ama demasiado a Su pueblo como para dejarlo prisionero de una versión reducida de la fe. El no nos salvó para que simplemente vivamos correctos, sino para que vivamos llenos de Su

presencia. No nos llamó a ser religiosos, sino a ser hijos capaces de manifestar Su plenitud.

Cuando la Iglesia se expresa como una comunidad de hijos que caminan con su Padre, la mediocridad pierde poder, la fe recupera su fuego y el Reino vuelve a manifestarse con gloria. Eso es lo que hoy necesitamos, y hacia eso trabajamos quienes hemos recibido la responsabilidad de edificar a los santos mediante la Palabra de Dios.

En algunos casos este proceso no resulta sencillo, porque la religiosidad coloca velos sobre los ojos espirituales de los hijos de Dios, impidiendo que la vida de la Palabra produzca en ellos gobierno divino. Quienes operan bajo este espíritu suelen ser inducidos a estudiar intensamente la letra, pero lo hacen sin la operación del Espíritu Santo. Como resultado, fabrican fortalezas mentales destinadas a defender argumentos teológicos, más que a rendir el corazón a la verdad revelada.

No debemos olvidar que fue la religiosidad la que operó en escribas, maestros e intérpretes de la Ley: hombres que conocían las Escrituras de manera casi excesiva, pero que no pudieron reconocer a la Palabra viva, que era Jesucristo mismo. Él se los dijo claramente. Sin embargo, la carencia de revelación hace más fácil matar la supuesta verdad que esforzarse por comprenderla fuera de los límites del libro.

Son las mismas personas que citan: *“Cosas que ojo no vio ni oído oyó...”*, afirmando que eso es lo que Dios tiene

preparado para los que le aman (**1 Corintios 2:9**), pero cuando Dios hace algo nuevo, lo rechazan, argumentando que Dios “no obra de esa manera”. Aseguran saber cómo Dios hace las cosas, pero terminan colando el mosquito y tragándose el camello (**Mateo 23:24**). De ese modo, no solo viven en mediocridad espiritual, sino que la enseñan a sus discípulos.

Los líderes que operan desde la religiosidad ponen un énfasis desmedido en las apariencias externas: en el parecer correcto, en las palabras adecuadas, en las actitudes esperadas y en la postura apropiada. Enseñan a mostrar siempre lo supuestamente debido, aun cuando el corazón viaja en otra dirección. De esta manera, solo forman personas capacitadas para sostener una espiritualidad mediocre.

Quienes viven bajo la influencia de la religiosidad suelen mostrarse orgullosos de su supuesta humildad. Creen que sus obras, su devoción implacable y su disciplina los hacen superiores a los demás. Tal vez no lo digan abiertamente, pero disfrutan cuando otros lo reconocen. Sin embargo, eso no es madurez espiritual; es mediocridad encubierta.

Con facilidad se convierten en críticos de aquellos que no alcanzan el nivel de consagración que ellos exhiben. Es cierto que se esfuerzan por hacer las cosas bien, y eso no es malo en sí mismo. El problema es que Dios mira el corazón, y la dificultad que enfrentan es que su comunión espiritual no es genuina, sino superficial y mecánica.

Al final, todo legalismo es opresivo, pero quienes operan bajo un espíritu religioso suelen imponer sistemas rígidos, sin flexibilidad ni vida. Buscan establecer métodos que sustituyan el dinamismo de una comunión íntima con Dios. De este modo, ofrecen a otros creyentes un modelo artificial de servicio, clasificando a las personas por su capacidad de obedecer sin objeciones, pero no por la vida espiritual que portan.

La religión reduce a Dios a un objeto de estudio intelectual. Su objetivo es comprenderlo para volverlo previsible, intentando encerrarlo dentro de los límites del razonamiento humano. Por eso, los nuevos movimientos del Espíritu suelen ser rechazados cuando no encajan con la forma en que ellos creen que Dios debe obrar.

Los religiosos no solo exaltan las historias bíblicas, lo cual es legítimo y necesario, sino que desarrollan una profunda devoción por lo que Dios hizo en el pasado, ya sea en sus congregaciones o en las instituciones a las que pertenecen. Conservan reglamentos y conceptos basados en experiencias anteriores, sin discernir lo que Dios desea hacer en el tiempo presente.

Con frecuencia afirman que “antes todo era mejor” y añoran constantemente la iglesia primitiva, cuando en realidad, después de más de dos mil años, deberíamos estar caminando en un mayor nivel de revelación y manifestación. No se trata de abandonar la esencia ni de descuidar los

fundamentos apostólicos y proféticos, sino de avanzar en nueva dirección y dependencia del Espíritu.

La religiosidad, el legalismo y la hipocresía espiritual siempre producen creyentes mediocres: sin revelación, sin unción y sin gracia. Una Iglesia con mentalidad de Reino debe romper esos conceptos limitados de la fe y avanzar hacia la gloria del Señor, entendiendo que hemos sido llamados a vivir como embajadores de Cristo.

“No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. Cada uno debe velar no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás. La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús...”

Filipenses 2:3 al 5 NVI

Capítulo cuatro

MUCHA ACTIVIDAD POCA UNCIÓN

“para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios.”

Colosenses 1:10

Uno de los síntomas más claros de la mediocridad espiritual es la desconexión entre lo que se hace y lo que se manifiesta. Nunca antes en la historia de la Iglesia hubo tanta actividad, tantos programas, tantas reuniones, tantos eventos, tantas transmisiones, tantas estructuras organizativas y, sin embargo, nunca fue tan evidente la falta de peso espiritual en muchas comunidades. El problema no es la cantidad de cosas que se hacen, sino la ausencia de la presencia de Dios en aquello que se hace.

La Escritura muestra una y otra vez que Dios no se impresiona por el movimiento humano. Él busca la manifestación de Su presencia. Cuando el tabernáculo fue erigido en el desierto, no fue considerado terminado hasta que la nube de la presencia de Dios lo llenó. Cuando Salomón

dedicó el templo, toda la estructura estaba perfectamente construida, pero recién cuando la gloria descendió, el templo cumplió su propósito. La actividad sin unción verdadera es solo religión bien organizada.

Muchos creyentes confunden estar ocupados con estar alineados. Confunden movimiento con obediencia. Confunden esfuerzo con unción. Y esa confusión es uno de los mayores generadores de mediocridad en la vida cristiana. Porque una persona puede estar muy activa y, al mismo tiempo, profundamente desconectada de Dios.

Jesús nunca fue un hombre apresurado. Nunca fue un hombre sobrecargado de actividades. Pero cada cosa que hacía estaba impregnada de la presencia del Padre. Él podía tocar a una persona y sanarla, hablar una palabra y cambiar un destino, mirar a alguien y transformarlo para siempre. No era la cantidad de palabras, era el peso espiritual que había en todo lo que hacía.

La unción de Dios no es un concepto místico distante. Es la manifestación tangible de Su realidad. Es cuando Dios se hace evidente en una vida, en una comunidad, en una acción. Y donde no hay un peso de unción, solo hay religión. Donde no hay presencia, hay rutina. Donde no hay peso espiritual, hay mediocridad, aunque todo esté perfectamente organizado.

Muchas iglesias funcionan como empresas. Tienen horarios, estructuras, estrategias, equipos de trabajo,

campañas, planificación. Y nada de eso es malo en sí mismo. El problema es cuando todo eso existe sin la centralidad del Espíritu Santo. Entonces, la Iglesia puede operar sin Dios, aunque hable de Él. Puede predicar Su nombre sin manifestar Su poder.

Jesús advirtió sobre esto cuando dijo que muchos le dirían: ***“Señor, en tu nombre hicimos muchas cosas”***, y Él respondería: ***“Nunca os conocí”*** (Mateo 7:22 y 23). No les dijo que no hicieron cosas. Les dijo que no lo conocían. Porque el Reino no se mide por lo que hacemos para Dios, sino por cuán profundamente caminamos con Él.

La mediocridad espiritual es una vida cristiana que aprendió a funcionar sin depender de la presencia. Se ora, se canta, se predica, se sirve, pero no hay una conciencia real de que sin Dios nada tiene valor. Se ha aprendido a sostener el sistema, pero se ha olvidado cómo sostener la comunión.

Cuando la Iglesia pierde la presencia, empieza a compensar con actividad. Cuando pierde el fuego, lo reemplaza con programas. Cuando pierde la unción, la reemplaza con ruido. Y eso produce creyentes cansados, líderes agotados y comunidades que se mueven mucho, pero avanzan poco.

La Escritura dice que ***“la letra mata, mas el Espíritu vivifica”*** (2 Corintios 3:6). La letra puede organizar, pero solo el Espíritu puede dar vida. Y una congregación sin vida, por más ordenada que esté, es una congregación mediocre.

Dios no llamó a Su pueblo a mantener estructuras, sino a portar Su presencia. No nos llamó a sostener sistemas, sino a manifestar Su Reino. La actividad debe ser una expresión de la vida espiritual, no un sustituto de ella.

Cuando una persona vive conectada a Dios, su servicio es poderoso. Cuando vive desconectada, su servicio es pesado. Y esa diferencia se nota. Hay predicaciones que informan, y otras que transforman. Hay oraciones que suenan bonitas, y otras que abren el cielo. Hay canciones que entretienen, y otras que hacen descender la presencia. Todo eso tiene que ver con el fluir de la unción.

Cuando la presencia de Dios deja de ser el centro, la Iglesia comienza a funcionar por inercia. Todo sigue ocurriendo, los cultos se celebran, las canciones se cantan, los sermones se predicán, los programas se ejecutan, pero algo profundo se ha perdido: la conciencia de que sin Dios nada tiene sentido. Se puede mantener una estructura sin vida por mucho tiempo, pero tarde o temprano la sequedad espiritual comienza a manifestarse en la apatía, el cansancio y la falta de fruto.

El profeta Hageo confrontó a Israel porque el pueblo estaba ocupado construyendo sus propias casas mientras la casa de Dios estaba en ruinas. No era un problema de falta de trabajo, sino de prioridades desalineadas. El pueblo trabajaba, pero no para la gloria de Dios. De la misma manera, hoy muchas iglesias trabajan mucho, pero no

siempre desde la presencia. Y cuando la presencia no gobierna, la actividad se vuelve hueca.

Jesús nunca permitió que la obra reemplazara la comunión. Aun en los momentos de mayor demanda, se retiraba a orar. No porque fuera débil, sino porque sabía que el poder fluye de la intimidad. Una vida que no se nutre de la presencia inevitablemente pierde fuerza espiritual. Y una iglesia que no vive en la presencia, por más activa que sea, se vuelve espiritualmente liviana.

La mediocridad espiritual no se nota tanto en lo que se hace, sino en lo que no ocurre. No hay transformación profunda, no hay convicción de pecado, no hay hambre por Dios, no hay revelación fresca, no hay autoridad espiritual. Todo funciona, pero nada impacta eternamente.

Cuando el Espíritu Santo es relegado a un rol secundario, los hermanos comienzan a depender de técnicas, de carisma humano, de creatividad y de estrategias. Y aunque todo eso puede atraer personas, solo la presencia de Dios puede transformarlas. El Reino no avanza por marketing, sino por manifestación.

El apóstol Pablo dijo que el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. No hablaba de gritos ni de emociones, sino de una vida que evidencia la realidad de Dios. Cuando la gloria está presente, las cadenas internas se rompen, la fe se despierta, el pecado pierde su dominio, la esperanza se renueva. Cuando no está, solo quedan palabras.

Salir de la mediocridad espiritual implica volver a poner a Dios en el centro. No como un concepto, sino como una presencia viva. Implica volver a orar con hambre, a adorar con entrega, a leer la Palabra con reverencia, a servir desde la dependencia y no desde el activismo.

La Iglesia no necesita más programas; necesita más gloria. No necesita más eventos; necesita más fuego. No necesita más estructuras; necesita más vida. Y esa vida solo fluye cuando el Espíritu Santo gobierna. Porque solo una vida llena de Dios puede escapar de la mediocridad y manifestar verdaderamente el Reino.

Ahora bien, aquello que nadie discute al momento de analizar una congregación debe ser considerado también para la vida personal de cada hijo de Dios. Ningún cristiano deja de ser lo que es fuera de la actividad congregacional. La unción no fue diseñada para manifestarse solo en determinados espacios, sino para expresarse en todo tiempo y lugar.

Cuando los hijos de Dios sostienen una especie de doble vida, manifestando su fe en las reuniones del domingo, pero viviendo de lunes a sábado como si nada los distinguiera, es porque están atrapados en una espiritualidad mediocre, una espiritualidad que no impacta ni transforma a nadie.

El diseño del Reino es la manifestación de Cristo en todo tiempo y lugar. Sin unción no puede haber buenos predicadores, ni verdaderos adoradores, ni líderes espirituales efectivos; pero sin unción tampoco podemos manifestar a Cristo como empleados, empleadores, estudiantes, ciudadanos, familiares o miembros activos de la sociedad.

La Iglesia fue concebida para expresarse en el mundo entero, no únicamente para realizar cultos en un salón especialmente preparado. Cuando los hijos de Dios solo han alcanzado una espiritualidad mediocre, no destacan en ningún ámbito. Pueden desempeñarse correctamente, como cualquier otra persona, pero espiritualmente nadie percibe diferencia alguna.

Podemos convivir con nuestra familia, estudiar, trabajar como empleados, comerciantes o empresarios; pero sin unción solo somos “buena gente”. No expresamos a Cristo ni ejercemos la fe como verdaderos embajadores del Reino. Algunos podrán saber que somos creyentes al identificar nuestra participación en actividades religiosas, pero la unción es la que produce respeto espiritual y marca una diferencia real.

Es cierto que quienes viven en densas tinieblas muchas veces reaccionarán con rechazo ante la unción, pero otros se sentirán atraídos, tal como ocurrió con Jesús. Lo que nunca le sucedió a Él fue pasar inadvertido. Donde llegaba, Su presencia generaba un impacto: lo respetaban, lo seguían, lo

escuchaban; y aun aquellos que se sentían intimidados lo observaban desde lejos, pero jamás permaneció desapercibido.

Portar la unción es portar la presencia de Dios, y eso produce inevitablemente un choque con las tinieblas. Esa presencia genera incomodidad en quienes actúan o hablan incorrectamente, aun sin comprender lo que les ocurre. Al mismo tiempo, otros se acercan, comparten sus luchas y abren su corazón, porque la presencia de Dios los conmueve. Suelen decir que les hace bien hablar con nosotros, aunque no sepan explicar por qué; nosotros debemos entender que es la unción obrando.

Cuando la unción no está, todo transcurre con normalidad: no hay impacto espiritual, no hay respeto, no hay diferencia. La mediocridad, tristemente, frena la expresión de la Iglesia. El desafío es salir de ese estado. El Señor nos está llamando a un compromiso espiritual genuino, no a un activismo religioso vacío. Pasar tiempo de calidad con Él no es lo mismo que hacer cosas para Él.

“Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor.”

Colosenses 3:23 y 24

PARTE II

LA RAÍZ: UNA MENTE NO TRANSFORMADA

Capítulo cinco

MENTES SIN RENOVACIÓN VIDAS SIN PODER

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”

Romanos 12:2

El problema central de gran parte del cristianismo contemporáneo no es la falta de fe declarativa, sino la ausencia de una mente verdaderamente transformada. Muchos confiesan a Cristo con sus labios, pero continúan interpretando la vida, el Reino, la iglesia y a Dios mismo desde patrones mentales viejos, naturales y religiosos. Esta desconexión entre la confesión espiritual y la estructura mental genera una fe limitada, repetitiva y sin impacto real. Por eso el apóstol Pablo no comenzó su exhortación práctica apelando a emociones, actividades o compromisos externos, sino a la raíz del problema: la mente.

Este versículo de **Romanos 12:2** no es un consejo devocional, sino una declaración de gobierno espiritual.

Pablo revela que sin renovación mental no hay transformación real, y sin transformación no hay manifestación del Reino. La mediocridad espiritual comienza cuando la mente permanece intacta mientras el discurso se vuelve cristiano.

Una mente no renovada puede servir, cantar, predicar y hasta ayunar, pero nunca operará en plenitud. La falta de poder espiritual no se debe siempre a la ausencia de oración o consagración, sino a una estructura mental incompatible con la vida del Espíritu.

Jesús lo expresó con claridad cuando dijo que no se puede poner vino nuevo en odres viejos, porque el odre se rompe y el vino se derrama (**Mateo 9:17**). El vino representa la vida del Reino; el odre, la mente. Cuando la mente no es renovada, el Reino no puede ser contenido ni expresado correctamente.

Aquí radica una de las raíces más profundas de la mediocridad: personas espiritualmente nacidas de nuevo, pero mentalmente gobernadas por el viejo sistema. Han recibido vida, pero no han permitido que esa vida reedifique su manera de pensar. Continúan razonando desde el temor, la escasez, el conformismo y la supervivencia, cuando fueron llamados a vivir desde la fe, la herencia, la expansión y el dominio espiritual.

La Escritura es clara al afirmar que *“cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él”* (**Proverbios 23:7**). No

somos lo que decimos creer, sino lo que realmente pensamos y aceptamos como verdad operativa. Una mente no renovada limita a Dios no por falta de poder divino, sino por falta de alineación humana. Dios no se manifiesta plenamente en un creyente cuya mente sigue funcionando bajo los mismos parámetros que tenía antes de conocerlo.

Por eso vemos cristianos que creen en milagros, pero esperan el fracaso; que predicán provisión, pero viven en escasez; que hablan del Reino, pero piensan como esclavos. No es hipocresía en todos los casos, sino incoherencia mental. El espíritu fue regenerado, pero la mente sigue sin discipulado. Y donde la mente no es discipulada, la fe se vuelve frágil y mediocre.

Pablo advierte que existe una conformación silenciosa al sistema de este siglo. No se trata solo de pecados visibles o conductas inmorales, sino de formas de pensar aceptadas, normalizadas y justificadas incluso dentro de la iglesia. La mediocridad se disfraza de humildad, la pasividad se presenta como paciencia, la falta de excelencia se excusa como sencillez espiritual. Todo esto es evidencia de una mente no renovada.

El creyente que no renueva su mente termina viviendo una fe reactiva, no proactiva; defensiva, no conquistadora. Vive apagando incendios espirituales en lugar de establecer el gobierno del Reino. Su vida cristiana se reduce a sobrevivir espiritualmente, esperando llegar al cielo, cuando el diseño divino siempre fue manifestar el cielo en la tierra.

Jesús enseñó a orar diciendo: ***“Venga tu Reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6:10). Pero esa oración no puede ser respondida en una mente que sigue funcionando bajo la lógica de este mundo. El Padre nuestro no es un rezo, es la revelación de un diseño que no debemos ignorar.

La mediocridad, entonces, no es solo un problema de actitud, sino de mentalidad. Donde no hay renovación, hay repetición; donde no hay transformación, hay estancamiento; donde no hay cambio interno, no puede haber impacto externo. El poder espiritual no se manifiesta en mentes conformadas, sino en mentes alineadas al diseño eterno de Dios.

La renovación de la mente tampoco es un evento instantáneo, sino un proceso continuo de alineación con la verdad del Reino. No se trata solo de adquirir información bíblica, sino de permitir que la verdad desmonte estructuras internas equivocadas. Jesús dijo: ***“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”*** (Juan 8:32). La libertad espiritual comienza en la mente. Donde la verdad no gobierna, la esclavitud permanece, aunque el lenguaje sea cristiano.

Muchos creyentes leen la Biblia, pero la interpretan desde su vieja mentalidad. En lugar de permitir que la Palabra los juzgue, la usan para justificar sus límites. Así, la Escritura pierde su poder transformador y se convierte en un recurso religioso más. Una mente no renovada puede citar versículos,

pero no vivirlos; puede enseñar doctrina, pero no manifestar vida.

El apóstol Pablo afirma que *“la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz”* (**Romanos 8:6**). Aquí no se habla de pecados evidentes, sino de enfoques mentales. Una mente carnal no es necesariamente inmoral; es una mente que razona sin revelación, que decide sin fe, que evalúa desde lo natural y no desde lo eterno. Esta forma de pensar produce una vida espiritual sin poder, sin autoridad y sin fruto permanente.

La iglesia ha invertido mucho esfuerzo en corregir conductas externas, pero poco en transformar paradigmas internos. Sin embargo, Dios siempre trabaja de adentro hacia afuera. Jesús reprendió a los fariseos porque limpiaban lo exterior, pero por dentro estaban llenos de muerte y religiosidad (**Mateo 23:27**). La mediocridad espiritual nace cuando se intenta cambiar la conducta sin renovar la mente.

Una mente renovada piensa desde la identidad, no desde la necesidad. Piensa como hijo, no como esclavo; como heredero, no como mendigo espiritual. Entiende que la vida cristiana no es un esfuerzo humano para agradar a Dios, sino una respuesta consciente a una obra ya consumada. Cuando esta verdad no gobierna la mente, el creyente vive esforzándose para ser aceptado, en lugar de vivir desde la aceptación ya recibida en Cristo (**Efesios 1:6**).

El poder espiritual no se activa por intensidad emocional, sino por alineación mental. Donde la mente se somete a la verdad del Reino, el Espíritu encuentra un terreno fértil para manifestarse. Pero donde la mente sigue cautiva de temores, tradiciones humanas y pensamientos pequeños, la unción se ve limitada en su expresión.

Pablo exhorta a llevar ***“todo pensamiento cautivo a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5)***. Esto implica un trabajo intencional, profundo y constante. No se trata de pensamientos ocasionales, sino de sistemas de pensamiento. La mediocridad se instala cuando dejamos de examinar lo que pensamos, cuando aceptamos como normal lo que Dios nunca diseñó como estándar.

Una mente renovada no se conforma con una fe estéril. No se adapta a la falta de fruto ni se acostumbra a la ausencia de gloria. Anhela crecer, avanzar, profundizar y manifestar a Cristo en todas las áreas de la vida. Entiende que la transformación mental no es opcional, sino esencial para vivir una vida cristiana poderosa y relevante.

Dios no está buscando creyentes ocupados, sino mentes alineadas. No busca actividad sin revelación, sino vidas transformadas que puedan portar Su Reino con autoridad. Mientras la mente no sea renovada, la fe seguirá siendo limitada; pero cuando la mente se somete a la verdad, la vida comienza a operar en una dimensión superior. La mediocridad no se vence con más esfuerzo, sino con más luz.

Y esa luz comienza en la mente. Porque solo una mente renovada puede sostener una vida con poder.

En una desafiante enseñanza sobre la vida, el apóstol Pablo hizo hincapié en la importancia de la perspectiva mental de los hijos de Dios. Recordó a los hermanos de Éfeso lo que habían aprendido en su comunión con Cristo: ***“despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*** (Efesios 4:22 al 24).

La palabra ***“renovaos”*** procede del verbo griego ***“ananeousthai”***, que significa ser o restablecerse de una manera nueva y mejor. Al entrar en verdadera comunión con el Señor, somos restablecidos en una nueva posición como nuevas criaturas en Cristo (**2 Corintios 5:17**). Al mismo tiempo, somos renovados diaria y continuamente por el Espíritu de Dios que mora en nosotros: ***“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”*** (2 Corintios 4:16).

“El espíritu de vuestra mente” se refiere a nuestros pensamientos y actitudes. En la Nueva Traducción Viviente, Efesios 4:23 dice: ***“En cambio, dejen que el Espíritu les renueve los pensamientos y las actitudes”***. La mente es el ámbito en el que el Espíritu Santo obra constantemente nuestra renovación.

Pasar tiempo diariamente en comunión con Jesucristo es vital para ser renovados en el espíritu de nuestra mente. Somos renovados en nuestra naturaleza interna a medida que aprendemos a conocer a nuestro Señor y el Espíritu Santo nos va llevando a la transformación verdadera. De hecho, este es nuestro destino: ***“Pues Dios conoció a los suyos de antemano y los eligió para que llegaran a ser como su Hijo, a fin de que su Hijo fuera el hijo mayor entre muchos hermanos”*** (Romanos 8:29 NTV).

Cuanto más conocemos a Jesús, quien refleja la naturaleza misma de Dios (**Filipenses 2:6**), mejor podremos ver y comprender al Padre celestial (**Colosenses 1:15**). ***“El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”*** (Hebreos 1:3). Al seguir los pasos de Cristo y tener la misma actitud que Él, nuestra vida se convierte en un sacrificio agradable a Dios y podemos expresar claramente Su esencia (**1 Pedro 2:21**).

Además, la Palabra de Dios es fundamental para ser renovados en el espíritu de nuestras mentes. Jesús rogó al Padre por todos los creyentes: ***“Hazlos santos con tu verdad; enséñales tu palabra, la cual es verdad”*** (**Juan 17:17, NTV**). A medida que nos desarrollamos en nuestra comprensión de la verdad de las Escrituras, nuestras mentes se renuevan y transforman por el Espíritu de Dios, y nuestras vidas reflejan ese cambio.

La oración también es necesaria para ser renovados en el espíritu de nuestra mente. Pablo oró por los colosenses para que fueran llenos del conocimiento de la voluntad de Dios, en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para andar como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Él (Colosenses 1:9 y 10).

Cuando practicamos la presencia del Señor, en la verdad de Su Palabra y en la oración, somos renovado en el espíritu de nuestra mente: ***“Así experimentarán la paz de Dios, que supera todo lo que podemos entender. La paz de Dios cuidará su corazón y su mente mientras vivan en Cristo Jesús”*** (Filipenses 4:7, NTV). La renovación trae una nueva mentalidad de confianza, paz y obediencia humilde, solo así podemos expresar una efectiva y sincera vida de Reino.

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu.”

Romanos 8:5

Capítulo seis

MENTALIDAD DE ESCLAVOS EN HIJOS DEL REINO

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no os volváis otra vez a la yugada de esclavitud.”

Gálatas 5:1

Uno de los contrastes más dolorosos dentro de la experiencia cristiana es ver a hijos del Reino viviendo con mentalidad de esclavos. Personas redimidas por la sangre de Cristo, adoptadas por el Padre, herederas de las promesas eternas, pero que piensan, deciden y reaccionan como si aún estuvieran bajo opresión. Esta disonancia entre identidad y mentalidad es una de las causas más profundas de la mediocridad espiritual. No se trata de falta de amor de Dios ni de ausencia de provisión divina, sino de una mente que nunca fue plenamente liberada.

La Escritura revela que la esclavitud no siempre termina cuando el opresor desaparece. Israel salió de Egipto en una noche por el poder de Dios, pero Egipto tardó cuarenta años en salir de la mente de Israel. Aunque sus cuerpos ya no estaban bajo el yugo de faraón, sus pensamientos seguían

cautivos. Cada dificultad en el desierto despertaba la misma lógica: quejarse, retroceder, añorar el pasado, minimizar el propósito divino. “***¿Por qué nos sacaste de Egipto?***”, repetían una y otra vez (**Éxodo 16:3; Números 14:2 al 4**). Esa no era una crisis circunstancial, sino una mentalidad esclava profundamente arraigada.

La mentalidad de esclavo se caracteriza por vivir desde la supervivencia y no desde la herencia. El esclavo no piensa en futuro, piensa en resistir el presente. No sueña, no expande, no gobierna; se adapta. Cuando esta mentalidad se infiltra en la vida cristiana, el creyente deja de vivir como hijo y comienza a conformarse con lo mínimo: una fe básica, una vida espiritual funcional, una obediencia parcial. No busca plenitud, busca alivio. No anhela el diseño eterno, solo quiere evitar el dolor.

Pablo identifica esta realidad con claridad cuando escribe: “***Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!***” (**Romanos 8:15**). El problema no es que el espíritu de adopción no haya sido dado, sino que muchos continúan viviendo como si no fueran hijos. El temor, la inseguridad y la sensación de no ser suficientes revelan que la mente todavía no se alineó con la verdad del Reino.

El esclavo obedece por miedo al castigo; el hijo obedece por relación. El esclavo sirve para sobrevivir; el hijo sirve para honrar. El esclavo mide todo en función de lo que

puede perder; el hijo vive desde lo que ya recibió. Cuando un creyente sirve a Dios motivado por culpa, presión o temor, está operando desde una mentalidad esclava, aunque confiese una doctrina correcta.

Esta mentalidad también se manifiesta en la incapacidad de recibir. Muchos creyentes oran, ayunan y sirven, pero cuando Dios quiere bendecirlos, se sienten incómodos, indignos o sospechosos. Han aprendido a esforzarse, pero no a descansar. Han aprendido a dar, pero no a recibir. Esto no es humildad; es una distorsión de la identidad. La verdadera humildad no rechaza la gracia, la honra.

Jesús confrontó esta mentalidad en la parábola del hijo pródigo. El hijo menor regresó esperando ser tratado como jornalero, no como hijo (**Lucas 15:19**). Aunque volvió a la casa del padre, su mentalidad seguía siendo de esclavo. Pero el padre no negoció su identidad; lo restauró completamente.

Sin embargo, el hijo mayor, que nunca se fue, también vivía como esclavo. ***“He aquí, tantos años te sirvo... y nunca me has dado ni un cabrito”*** (**Lucas 15:29**). Vivía en la casa, pero pensaba como un empleado. Esta es una de las tragedias más comunes en la iglesia: personas fieles, constantes y comprometidas, pero internamente resentidas, cansadas y frustradas porque nunca aprendieron a vivir como hijos. Son mediocres en su manera de pensar.

La mentalidad de esclavo produce cristianos pequeños, no por falta de llamado, sino por falta de comprensión. El Reino les fue entregado, pero ellos solo esperan permiso para existir. Jesús fue claro cuando dijo: ***“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino”*** (Lucas 12:32). El Reino no se gana, se recibe. Pero solo una mente renovada puede recibir lo que el Padre ya le entregó y vivir en esa revelación.

Esta mentalidad esclava también se manifiesta en la manera en que se percibe a Dios. Para el esclavo, Dios es un amo difícil de complacer; para el hijo, es un Padre confiable. Cuando la relación con Dios está basada en rendimiento y no en filiación, la vida espiritual se vuelve pesada, exigente y agotadora. El creyente vive intentando cumplir expectativas, en lugar de disfrutar comunión. Esto inevitablemente conduce a la mediocridad, porque nadie puede sostener una vida de excelencia desde la presión constante.

Pablo advierte a los gálatas sobre este retroceso espiritual: ***“Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?”*** (Gálatas 3:3). Comenzaron como hijos, pero terminaron viviendo como esclavos del esfuerzo humano y la autojustificación. Cada vez que el creyente intenta producir vida espiritual por sus propias fuerzas, está regresando a una lógica de esclavitud.

La mentalidad de esclavo también limita la visión. El esclavo no se proyecta, no piensa en generaciones, no edifica legado. Vive el día a día. Por eso muchos cristianos no

desarrollan su llamado, no maduran espiritualmente y no impactan su entorno. No porque Dios no los haya capacitado, sino porque nunca se vieron a sí mismos como administradores del Reino. Jesús habló de siervos que enterraron su talento por miedo (**Mateo 25:25**). El problema no fue la falta de recursos, sino una percepción distorsionada del Señor y de sí mismos.

El hijo, en cambio, vive desde la confianza. Sabe que su Padre es bueno, que su provisión es segura y que su identidad no está en riesgo. Esta seguridad interior libera al creyente para vivir con excelencia, asumir responsabilidades y ejercer autoridad espiritual. La mentalidad de hijo no produce arrogancia, sino responsabilidad. No genera pasividad, sino compromiso consciente.

Cuando la iglesia tolera mentalidades esclavas, termina formando creyentes dependientes, inseguros y fácilmente manipulables. Personas que necesitan constante aprobación, dirección y control externo porque no desarrollaron discernimiento ni madurez interior. Pero el diseño de Dios siempre fue formar hijos maduros, capaces de gobernar con Cristo (**Romanos 8:17**).

La mediocridad se perpetúa cuando se predica salvación sin identidad, gracia sin transformación y servicio sin filiación. Pero cuando el Espíritu Santo revela profundamente la verdad de la adopción, algo se rompe por dentro. El creyente deja de mendigar lo que ya le pertenece y comienza a vivir desde la herencia. Ya no pregunta si puede

avanzar; entiende que fue enviado. Ya no se conforma con lo básico; anhela plenitud.

La transición de esclavo a hijo no es automática, es intencional. Requiere renovación mental, confrontación de creencias internas y una rendición profunda al Espíritu Santo. Pero cuando esta transformación ocurre, la vida cristiana deja de ser mediocre y comienza a manifestar el poder del Reino con claridad, autoridad y fruto permanente. Porque solo los hijos gobiernan. Los esclavos sobreviven. Y Dios nunca llamó a Sus hijos a sobrevivir, sino a reinar en vida por medio de Jesucristo (**Romanos 5:17**).

La mentalidad de esclavo no solo afecta la relación personal con Dios, sino también la manera en que el creyente se vincula con la vida, con la iglesia y con el propósito. Un esclavo necesita estructuras rígidas porque no sabe gobernarse; necesita órdenes claras porque no desarrolló discernimiento; necesita supervisión constante porque no confía en su identidad. Por eso, cuando esta mentalidad permanece en la iglesia, se crean comunidades mediocres, dependientes, temerosas al cambio y resistentes a la madurez espiritual.

El hijo, en cambio, no necesita ser empujado para crecer; crece porque sabe quién es. No requiere amenazas para obedecer; responde porque ama. Esta diferencia es crucial para entender por qué muchas iglesias se estancan espiritualmente: no porque falte doctrina, sino porque sobran creyentes que nunca fueron afirmados como hijos. La

mentalidad de esclavo produce obediencia externa, pero no transformación interna. Produce cumplimiento, pero no plenitud.

Una de las señales más evidentes de esta mentalidad es la dificultad para asumir responsabilidad espiritual. El esclavo espera que otros decidan, otros oren, otros resuelvan. Vive como consumidor de lo espiritual, no como administrador. Cuando algo no funciona, culpa al liderazgo, al contexto o a Dios mismo. Esta actitud no es rebeldía abierta, sino inmadurez encubierta. Y donde hay inmadurez, la mediocridad encuentra terreno fértil.

La Escritura afirma que ***“el heredero, mientras es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo”*** (Gálatas 4:1). Esta afirmación es profundamente reveladora. El problema no es la falta de herencia, sino la falta de madurez. Muchos creyentes son dueños legales de promesas espirituales, pero viven sin disfrutarlas porque nunca crecieron internamente. La niñez espiritual prolongada es una forma silenciosa de esclavitud y mediocridad.

Esta mentalidad también distorsiona la comprensión del tiempo de Dios. El esclavo vive apurado, ansioso, frustrado cuando los procesos son largos. No entiende los tiempos de formación, porque su enfoque no está en el carácter sino en la recompensa inmediata. El hijo, en cambio, sabe que el Padre trabaja a largo plazo. Comprende que los procesos no son castigos, sino entrenamientos. Por eso puede perseverar sin endurecerse.

Cuando la mentalidad de esclavo gobierna, la disciplina espiritual se transforma en carga. Orar se vuelve obligación, servir se vuelve peso, congregarse se vuelve rutina. Pero cuando la mentalidad de hijo es restaurada, las mismas prácticas se convierten en deleite. No cambió la actividad; cambió la percepción. Esto demuestra que el problema de fondo no es lo que hacemos, sino desde dónde lo hacemos.

Otra consecuencia grave de la mentalidad de esclavo es la dificultad para ejercer autoridad espiritual. El esclavo no se siente autorizado; duda, retrocede, se subestima. Aunque Cristo le haya delegado autoridad, internamente no se cree digno de usarla. Por eso muchos creyentes viven sometidos a circunstancias, emociones y presiones externas, cuando fueron llamados a gobernar sobre ellas. No porque no tengan autoridad, sino porque no se ven como portadores de ella.

Jesús delegó autoridad a Sus discípulos antes de que fueran maduros, porque la autoridad no se basa en perfección, sino en identidad delegada (**Lucas 9:1 y 2**). Pero esa autoridad solo se expresa plenamente cuando la mente deja de operar desde la esclavitud. Mientras el creyente se perciba como alguien “menor”, “incapaz” o “no preparado”, siempre vivirá por debajo de lo que el Reino ya le confió.

La mentalidad de esclavo también produce una relación equivocada con el error y el fracaso. El esclavo teme equivocarse porque cree que será descartado; el hijo aprende

incluso de sus caídas porque sabe que su identidad no está en juego. Esta diferencia es clave. Muchos cristianos viven paralizados, no se animan a avanzar ni a asumir desafíos espirituales por miedo a fallar. Ese temor no viene de Dios; es herencia de una mentalidad mediocre y esclava.

Pablo escribe que ***“donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17)***. Pero esta libertad no siempre se experimenta automáticamente; debe ser apropiada conscientemente. Hay creyentes llenos del Espíritu, pero con pensamientos aún cautivos. Por eso la renovación mental no es opcional, sino imprescindible. Sin ella, la vida cristiana se reduce a un esfuerzo constante por sostener una espiritualidad que nunca termina de florecer.

La iglesia necesita transicionar urgentemente de una cultura de esclavos obedientes a una cultura de hijos maduros. No hijos caprichosos, sino responsables. No independientes, sino conscientes de su identidad. Solo así se puede romper el ciclo de la mediocridad espiritual que se repite generación tras generación. Mientras formemos creyentes que solo saben recibir instrucciones, nunca formaremos creyentes que sepan gobernar.

El propósito de Dios no es simplemente tener personas salvadas, sino hijos conformados a la imagen de Cristo (**Romanos 8:29**). Y Cristo no vivió como esclavo, sino como Hijo amado, aun cuando tomó forma de siervo. Sirvió desde la identidad, no para obtenerla. Esa es la diferencia radical

que transforma una vida cristiana mediocre en una vida poderosa.

Cuando el creyente entiende que es hijo, deja de negociar su llamado. Deja de conformarse con migajas espirituales. Deja de vivir a la defensiva. Comienza a caminar con autoridad, humildad y determinación. No porque se crea más que otros, sino porque finalmente entendió quién es en Dios.

La mediocridad pierde fuerza cuando la identidad es restaurada. Y la identidad solo se afirma cuando la mentalidad de esclavo es confrontada, expuesta y reemplazada por la verdad del Reino. Allí comienza una vida cristiana verdaderamente libre, madura y fructífera.

***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta
como en un espejo la gloria del Señor, somos
transformados de gloria en gloria en la misma imagen,
como por el Espíritu del Señor.”***

2 Corintios 3:18

Capítulo siete

LA CULTURA DEL MINIMO ESFUERZO

*“Practica estas cosas, sumérgete en ellas, para que todos
puedan ver tu progreso.”*

1 Timoteo 4:15

La cultura del mínimo esfuerzo no nació dentro de la Iglesia, pero encontró en ella un terreno fértil cuando la dejó de ser entendida como una vida rendida y pasó a ser administrada como una experiencia cómoda. Esta cultura no promueve el mal de manera directa; su estrategia es más sutil. No llama a la rebelión abierta, sino a la resignación silenciosa. No empuja al pecado escandaloso, sino a la obediencia superficial. No persigue la negación de Dios, sino la reducción de Su gloria.

Es una cultura que no dice “no creas”, sino “no te esfuerces demasiado”. Así, sin confrontación visible, va moldeando creyentes que se acostumbran a vivir por debajo del diseño del Reino, aceptando como normal una vida espiritual sin fuego, sin peso y sin transformación profunda.

El sistema del mundo no necesita que los cristianos abandonen su fe; le basta con que la vivan de manera tibia, fragmentada y sin excelencia. La Escritura advierte que no debemos conformarnos a este siglo, porque ese proceso de conformación no ocurre de golpe, sino por adaptación progresiva. **Romanos 12:2** no solo denuncia la imitación externa de valores mundanos, sino la absorción interna de sus lógicas.

Cuando el mundo valora lo rápido por encima de lo profundo, lo fácil por encima de lo fiel, y el resultado por encima del proceso, esa misma lógica comienza a filtrarse en la espiritualidad de muchos creyentes. Así, se ora lo mínimo necesario, se sirve lo justo, se estudia la Palabra de forma superficial y se busca a Dios solo cuando hay una necesidad urgente.

Esta cultura del mínimo esfuerzo se alimenta de una mentira peligrosa: la idea de que la gracia de Dios elimina la responsabilidad del hombre. Pero la gracia bíblica nunca fue una licencia para la pasividad; al contrario, fue el poder habilitante para vivir conforme a un estándar más alto.

Pablo lo expresa con claridad cuando afirma: ***“Antes bien, por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Corintios 15:10).*** La gracia no reemplazó el esfuerzo; lo redimió. No lo anuló; lo direccionó. Cuando la gracia es mal entendida, produce creyentes espiritualmente perezosos que

esperan resultados sobrenaturales sin disciplina espiritual, carácter formado ni compromiso sostenido.

El sistema moldea creyentes mediocres cuando les enseña a vivir por reacción y no por convicción. Se ora cuando hay crisis, se ayuna cuando hay miedo, se busca dirección solo cuando el camino se vuelve confuso. Pero el Reino opera de manera opuesta: forma personas que viven desde una cultura de preparación constante.

Jesús mismo declaró que el Padre es glorificado cuando llevamos mucho fruto, no cuando apenas sobrevivimos espiritualmente. El fruto no es accidental; es el resultado de una vida conectada, cuidada y perseverante. **Juan 15:8** no deja espacio para una espiritualidad mínima: la gloria del Padre está ligada a una vida que produce abundantemente.

La cultura del mínimo esfuerzo también redefine el concepto de fidelidad. Ya no se mide por la constancia, sino por la intención. Ya no se evalúa por el compromiso sostenido, sino por la emoción del momento. Sin embargo, la Escritura nunca presenta la fidelidad como un sentimiento, sino como una decisión perseverante.

Jesús enseñó que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho, revelando que la grandeza espiritual no se manifiesta en eventos extraordinarios, sino en la coherencia diaria de una vida ordenada delante de Dios. Cuando el sistema logra que el creyente desprecie lo pequeño, ha

ganado una batalla crucial, porque lo ha desconectado del proceso por el cual Dios forma carácter, autoridad y madurez.

Esta cultura produce cristianos consumidores y no discípulos. Personas que evalúan la vida espiritual en función de lo que reciben y no de lo que ofrecen. Se busca una iglesia que “me bendiga”, un mensaje que “me motive”, una alabanza que “me haga sentir”, pero se pierde de vista que el llamado del Reino es a negarse a uno mismo, tomar la cruz y seguir a Cristo. **Lucas 9:23** no es una invitación simbólica; es un principio de vida. Negarse a uno mismo implica confrontar la pereza espiritual, resistir la comodidad del mínimo esfuerzo y abrazar una vida de entrega total.

En este contexto, el sistema no persigue directamente la santidad, sino que la redefine. Ya no es una vida apartada para Dios, sino una vida “correcta” según parámetros humanos. Se evita el pecado visible, pero se tolera la falta de pasión. Se cuida la apariencia externa, pero se descuida la profundidad interna.

Se habla de Dios, pero en la consciencia, no se vive delante de Él. **Apocalipsis 3:15 y 16** revela el peligro de esta espiritualidad tibia: no es fría ni caliente, no es rebelde ni rendida, y precisamente por eso resulta repulsiva delante del Señor. La tibieza no es neutralidad; es una forma sofisticada de resistencia al gobierno pleno de Cristo.

En una segunda instancia, es necesario comprender que la cultura del mínimo esfuerzo no solo afecta la vida

individual del creyente, sino que termina configurando comunidades enteras. Iglesias que funcionan, pero no arden. Congregaciones organizadas, pero no transformadas. Estructuras que sostienen actividades, pero no forman discípulos.

El sistema celebra números, estadísticas y movimiento, mientras el Reino busca profundidad, fruto y madurez. Cuando la Iglesia adopta los parámetros del sistema, comienza a medir el éxito con criterios equivocados y, sin darse cuenta, legitima la mediocridad espiritual como si fuera normalidad cristiana.

La Escritura es clara al afirmar que todo lo que hagamos debe ser hecho como para el Señor y no para los hombres (**Colosenses 3:23**). Este principio destruye de raíz la cultura del mínimo esfuerzo, porque establece que Dios no evalúa desde la comparación humana, sino desde la entrega del corazón. No se trata de hacer más para ser vistos, sino de hacer mejor porque Dios es digno. La excelencia del Reino no nace del perfeccionismo, sino del honor. Cuando se pierde el sentido del honor a Dios, la fe se vuelve funcional, práctica y carente de gloria.

El sistema también enseña a separar lo espiritual de lo cotidiano, creando una fe fragmentada. Se es “espiritual” en el culto, pero mediocre en el trabajo. Se adora con intensidad, pero se vive con negligencia. Sin embargo, la Escritura presenta una espiritualidad integral, donde todo lo que no procede de fe es pecado (**Romanos 14:23**). La mediocridad,

entonces, no es solo un problema de rendimiento, sino de fe. Vivir por debajo del diseño de Dios es, en esencia, no creer plenamente en lo que Él dijo que somos, tenemos y podemos hacer en Cristo.

Cuando el sistema logra que el creyente acepte una vida cristiana sin desafío, sin crecimiento y sin transformación, ha neutralizado el impacto del Reino. Pero Dios sigue llamando a Su pueblo a salir de esa lógica. **Proverbios 4:18** declara que la senda del justo es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto. El crecimiento progresivo no es opcional; es una evidencia de vida espiritual genuina. Donde no hay crecimiento, hay estancamiento; y donde hay estancamiento prolongado, la mediocridad ya ha echado raíces.

Este capítulo no busca generar culpa, sino despertar conciencia. El Reino no fue diseñado para creyentes que sobreviven espiritualmente, sino para hijos que gobiernan con Cristo desde una vida rendida, disciplinada y apasionada. La cultura del mínimo esfuerzo puede moldear estructuras, pero no puede transformar corazones rendidos.

Cuando un creyente decide vivir desde el diseño del Reino y no desde la comodidad del sistema, rompe con la mediocridad no por imposición externa, sino por convicción interna. Y allí comienza el verdadero camino hacia una vida que glorifica a Dios en todo.

La cultura del mínimo esfuerzo no se derrota con exhortaciones ocasionales ni con impulsos emocionales momentáneos. Se confronta cuando el creyente vuelve a ver a Dios como Dios y a sí mismo como hijo llamado a reflejar Su gloria.

La mediocridad persiste allí donde se ha reducido la visión de Dios y, como consecuencia inevitable, se ha achicado la visión de la vida cristiana. Cuando Dios deja de ser percibido como digno de lo mejor, el corazón comienza a ofrecerle lo mínimo. No por rebeldía consciente, sino por desgaste espiritual, por costumbre, por adaptación silenciosa a un sistema que nunca fue diseñado para honrar el Reino.

La Escritura revela que el problema nunca fue la falta de recursos, sino la falta de visión. El pueblo de Israel no fracasó en el desierto por carencia de provisión, sino por una mentalidad que no logró desprenderse del pensamiento esclavo. Esa misma dinámica opera hoy en muchos creyentes: han sido libertados por la obra de Cristo, pero siguen viviendo bajo patrones mentales moldeados por un sistema que premia la comodidad y penaliza la entrega radical. Por eso, la cultura del mínimo esfuerzo no es solo una influencia externa, sino una fortaleza interna que debe ser derribada.

La mediocridad espiritual se consolida cuando el creyente deja de tener una referencia clara del llamado. Pablo declara que prosigue a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (**Filipenses 3:14**).

Donde no hay conciencia de llamado, el esfuerzo pierde sentido.

Cuando el propósito eterno se diluye, la disciplina se vuelve pesada y el compromiso parece exagerado. Pero cuando el creyente comprende que su vida está inserta en un plan eterno, el esfuerzo deja de ser una carga y se transforma en una respuesta de amor. El problema no es que el Evangelio demande demasiado; el problema es que muchos han olvidado para qué fueron llamados.

El Reino de Dios jamás fue compatible con una fe cómoda. Jesús no suavizó Sus palabras para retener multitudes, ni ajustó el estándar para evitar el abandono de seguidores. Por el contrario, muchas veces elevó el nivel de exigencia cuando la multitud crecía, dejando en claro que seguirlo implicaba una ruptura profunda con la lógica del sistema. ***“Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:33).*** Estas palabras no apelan a una renuncia simbólica, sino a un cambio de señorío. Allí donde Cristo no gobierna completamente, la mediocridad encuentra espacio para instalarse.

La cultura del mínimo esfuerzo también distorsiona la percepción del tiempo espiritual. Se vive como si siempre hubiera mañana para obedecer, más adelante para comprometerse, en otro momento para profundizar. Pero la Escritura insiste en que hoy es el día aceptable, hoy es el tiempo de salvación. El aplazamiento constante no es

prudencia; muchas veces es resistencia encubierta. El sistema enseña a postergar lo eterno en favor de lo inmediato, pero el Reino llama a invertir la vida con una perspectiva que trasciende lo temporal. Cuando el creyente pierde urgencia espiritual, comienza a negociar su entrega.

Es importante comprender que Dios no está buscando perfección humana, sino corazones íntegros. La excelencia del Reino no consiste en no fallar nunca, sino en no conformarse jamás con permanecer en el mismo lugar. ***“El alma del perezoso desea, y nada alcanza; más el alma de los diligentes será prosperada” (Proverbios 13:4).*** La pereza espiritual no siempre se manifiesta en inactividad visible; muchas veces se expresa en la falta de profundidad, en la ausencia de hambre por Dios, en la resistencia al crecimiento. El deseo sin diligencia es una ilusión piadosa que no produce transformación.

Cuando la Iglesia tolera la cultura del mínimo esfuerzo, pierde autoridad espiritual. No porque Dios se retire, sino porque Su gloria no se manifiesta donde no hay honra. La gloria está asociada al peso, a la sustancia, a la realidad espiritual que respalda la fe. Por eso, las Escrituras declaran que Dios honra a los que le honran **(1 Samuel 2:30)**. Honrar a Dios no se limita a palabras, sino que se expresa en la manera en que vivimos, servimos, pensamos y decidimos. Una fe liviana no puede portar una gloria pesada.

Este capítulo no busca establecer un estándar inalcanzable, sino exponer una verdad ineludible: el sistema

moldea creyentes mediocres cuando estos dejan de renovar su mente conforme al Reino. Pero también es cierto que el Reino forma hombres y mujeres que, aun viviendo en medio del sistema, no le pertenecen. Personas que trabajan con excelencia, aman con profundidad, sirven con integridad y buscan a Dios con pasión constante. No porque intenten destacarse, sino porque han comprendido que su vida es una ofrenda viva delante del Señor.

La cultura del mínimo esfuerzo será siempre una tentación para la Iglesia, pero nunca un destino obligatorio. Cada creyente decide si vive adaptándose al sistema o siendo transformado por la verdad. Cada generación tiene la responsabilidad de discernir qué espíritu está moldeando su manera de creer. Y cada hijo del Reino debe responder a la pregunta esencial: ¿estoy viviendo desde el diseño de Dios o desde la comodidad del sistema?

Salir de la mediocridad no comienza con hacer más cosas, sino con volver a ver a Cristo como digno de todo. Cuando esa revelación se restaura, la entrega deja de ser forzada y el compromiso deja de ser pesado. Allí, la cultura del mínimo esfuerzo pierde su poder, y el Reino comienza a manifestarse con autoridad, con gloria y con fruto que permanece. Ese es el umbral que la Iglesia debe cruzar si desea dejar de sobrevivir espiritualmente y comenzar a vivir conforme al diseño eterno de Dios.

PARTE III

EL REINO: COMO EL ANTÍDOTO DE DIOS

Capítulo ocho

EL REINO DEMANDA EXCELENCIA

“Pues su divino poder nos ha concedido todo cuanto concierne a la vida y a la piedad, mediante el verdadero conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia.”

2 Pedro 1:3

El Reino de Dios no demanda excelencia para impresionar a los hombres, sino para manifestar fielmente el carácter de Dios en la tierra. Cuando se pierde esta comprensión, la excelencia es malinterpretada como perfeccionismo, como exigencia humana o como una presión innecesaria.

Sin embargo, en la lógica del Reino, la excelencia no nace del ego ni del deseo de reconocimiento, sino del entendimiento de que todo lo que pertenece a Dios debe reflejar Su naturaleza. Dios no es mediocre en nada de lo que hace, y cuando llama a Sus hijos a participar de Su obra, no los invita a representar una versión disminuida de Su gloria.

Desde el inicio de la revelación bíblica, el diseño divino estuvo marcado por orden, intención y plenitud. La creación misma revela a un Dios que no improvisa ni actúa con descuido. Cada etapa fue declarada “buena”, y al final, “muy buena” (**Génesis 1:31**). Esa evaluación divina no responde a un estándar humano, sino a la perfección del propósito cumplido. El problema surge cuando el hombre, afectado por el pecado, comienza a vivir por debajo de ese diseño original, y la mediocridad se normaliza como si fuera humildad o realismo espiritual.

El Reino de Dios no se manifiesta sobre la base del mínimo indispensable, sino sobre la plenitud del corazón rendido. Jesús fue claro al enseñar que el Padre busca adoradores que adoren en espíritu y en verdad (**Juan 4:23**). Esa búsqueda divina revela que no toda adoración es aceptable, no toda entrega es suficiente, y no toda obra honra a Dios. No se trata de cantidad, sino de calidad espiritual. La excelencia del Reino no está relacionada con la espectacularidad externa, sino con la coherencia interna entre lo que se cree, lo que se vive y lo que se ofrece a Dios.

Uno de los mayores engaños que enfrentó la Iglesia a lo largo del tiempo fue confundir excelencia con ostentación. Cuando esto ocurre, se reacciona contra la excelencia en lugar de redimirla. Pero la Biblia no presenta un Dios conformista. Por el contrario, las Escrituras afirman que todo lo que hagamos debe ser hecho de corazón, como para el Señor y no para los hombres (**Colosenses 3:23**). Este principio no deja espacio para una espiritualidad descuidada.

Cuando se vive delante de Dios, el estándar cambia inevitablemente, porque ya no se responde a la mirada humana, sino a la santidad divina.

La excelencia del Reino es inseparable del concepto de mayordomía. Jesús enseñó que los siervos serían evaluados no por lo que no recibieron, sino por lo que hicieron con lo que se les confió. En la parábola de los talentos, el siervo que enterró lo recibido no fue reprendido por perderlo, sino por no haberlo desarrollado (**Mateo 25:26 al 30**). Esto revela una verdad incómoda para la mentalidad mediocre: no crecer, no avanzar y no multiplicar lo que Dios entrega también es una forma de infidelidad. El Reino demanda fruto, no excusas.

La excelencia no es enemiga de la gracia; es su evidencia. Cuando la gracia opera genuinamente en la vida de una persona, produce transformación, diligencia y pasión por agradar a Dios. **Tito 2:11 y 12** declara que la gracia de Dios no solo trae salvación, sino que nos enseña a vivir sobria, justa y piadosamente. La gracia que no transforma la manera de vivir ha sido reducida a un concepto teológico sin poder práctico. Por eso, donde la mediocridad persiste, la gracia ha sido mal entendida o resistida.

El Reino demanda excelencia porque representa a un Rey santo, justo y glorioso. La Escritura afirma que somos linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable (**1 Pedro 2:9**). Ese llamado no es pasivo ni simbólico; es una comisión

activa. Anunciar las virtudes de Dios implica reflejarlas. No se puede proclamar un Reino excelente viviendo una fe descuidada, fragmentada o superficial.

La mediocridad espiritual siempre termina afectando el testimonio. No porque el creyente deje de hablar de Dios, sino porque su vida deja de respaldar lo que proclama. Jesús advirtió que la luz no fue dada para esconderse, sino para alumbrar (**Mateo 5:14 al 16**). La luz no necesita esforzarse para brillar; simplemente lo hace cuando no hay obstáculos que la apaguen. La excelencia del Reino remueve esos obstáculos: la negligencia, la pereza espiritual, la falta de disciplina y la incoherencia entre fe y conducta.

El Reino de Dios no se manifiesta plenamente en ambientes donde se tolera el desorden espiritual. Dios no unge la improvisación constante ni la falta de preparación. A lo largo de la Escritura, quienes portaron peso espiritual fueron personas que caminaron en obediencia, disciplina y temor del Señor. Daniel se distinguió no por oportunismo político, sino porque había en él un espíritu superior (**Daniel 6:3**). Esa excelencia no lo alejó de Dios; fue la evidencia de una vida profundamente consagrada.

La excelencia del Reino también confronta la falsa humildad. Muchas veces se justifica la mediocridad con frases piadosas que esconden inseguridad, temor o falta de compromiso. Pero la verdadera humildad no es pensar menos de uno mismo, sino pensar correctamente delante de Dios. **Romanos 12:3** exhorta a no tener más alto concepto de sí que

el que se debe tener, pero tampoco uno más bajo. Vivir por debajo del diseño de Dios no es humildad; es incredulidad práctica.

El Reino demanda excelencia porque la gloria de Dios está en juego. Cuando el pueblo de Dios vive con descuido, el nombre del Señor es menospreciado entre las naciones. Esto no es un concepto moderno; es una advertencia bíblica constante. Dios reprendió a Israel no solo por su idolatría, sino porque Su nombre era profanado a causa de ellos (**Ezequiel 36:20 al 23**). La restauración que Dios promete está ligada a la santificación de Su nombre, lo cual implica una transformación profunda de la manera de vivir.

La excelencia del Reino no se limita a lo espiritual en términos devocionales, sino que abarca todas las áreas de la vida. El Reino gobierna la mente, las decisiones, el trabajo, las relaciones y la administración de los recursos. Proverbios declara que en todo camino debemos reconocer al Señor, y Él enderezará nuestras veredas (**Proverbios 3:6**). No hay compartimentos neutros en la vida del creyente. Donde Cristo es Señor, la mediocridad no puede reinar.

Este capítulo marca una línea divisoria clara: el Reino no se acomoda al creyente; el creyente es transformado para vivir conforme al Reino. La excelencia no es una opción para algunos más comprometidos; es la consecuencia natural de una vida rendida al gobierno de Dios. No se trata de hacer más cosas, sino de vivir con mayor profundidad, intención y

fidelidad. Allí donde el Reino gobierna, la mediocridad pierde legitimidad.

El llamado del Reino es a reflejar al Rey. Y ese reflejo no se logra con esfuerzos aislados, sino con una vida alineada, disciplinada y apasionada por Dios. Cuando la Iglesia recupera esta visión, deja de sobrevivir espiritualmente y comienza a manifestar la gloria de Dios con autoridad. Ese es el camino que el Reino demanda, no para exaltar al hombre, sino para que Dios sea plenamente glorificado en todo.

El Reino demanda excelencia porque el gobierno de Dios no se manifiesta plenamente en vidas fragmentadas ni en corazones a medias. La excelencia no es un accesorio espiritual, ni una virtud opcional reservada para algunos creyentes más disciplinados; es la expresión visible de una vida que ha sido conquistada por el señorío de Cristo. Allí donde Jesús es verdaderamente Señor, la mediocridad pierde su derecho de permanencia. No por imposición externa, sino porque el corazón ha sido alineado con una realidad superior.

La Escritura revela que Dios no mide la vida desde la cantidad de actividades espirituales, sino desde la calidad de la obediencia. ***“Obedecer es mejor que los sacrificios” (1 Samuel 15:22)***. Esta afirmación desarma toda espiritualidad que intenta compensar la falta de excelencia con activismo religioso. La obediencia genuina siempre produce orden, crecimiento y fruto. Cuando la vida se rinde al gobierno del Reino, las prioridades se reordenan, las motivaciones se

purifican y la manera de vivir comienza a reflejar el carácter de Aquel a quien se sirve.

La excelencia del Reino también confronta la espiritualidad de la excusa. El sistema enseña a justificar la negligencia apelando a las circunstancias, a las limitaciones personales o al contexto cultural. Pero el Reino llama a vivir desde la responsabilidad espiritual. Jesús fue claro al enseñar que a quien mucho se le da, mucho se le demandará (**Lucas 12:48**). La revelación del Reino no reduce la exigencia; la aumenta. Cuanto mayor es la luz recibida, mayor es la responsabilidad de caminar conforme a ella.

Es importante afirmar que la excelencia no nace del temor al castigo, sino del amor por Dios. Cuando el amor se enfría, el compromiso se debilita y la mediocridad encuentra espacio. Pero cuando el amor es renovado, el esfuerzo se transforma en deleite. Jesús declaró que, si le amamos, debemos guardar Sus mandamientos (**Juan 14:15**). No como una carga pesada, sino como una respuesta natural del corazón que ha sido alcanzado por la gracia. La excelencia, entonces, no es una presión externa, sino una consecuencia interna.

El Reino demanda excelencia porque fue diseñado para expandirse a través de vidas transformadas. La expansión del Reino no depende solo de proclamación verbal, sino de manifestación visible. Pablo afirma que el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder (**1 Corintios 4:20**). Ese poder no se limita a milagros, sino que

incluye la autoridad espiritual que emana de una vida íntegra. Donde hay incoherencia, el poder se diluye; donde hay excelencia, el Reino se afirma con autoridad.

La mediocridad espiritual siempre termina debilitando la sensibilidad al Espíritu Santo. Cuando se normaliza lo superficial, se pierde discernimiento. Hebreos exhorta a crecer hasta alcanzar madurez, para tener los sentidos espirituales ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (**Hebreos 5:14**). La falta de ejercicio espiritual no es neutral; produce torpeza espiritual. La excelencia, en cambio, afina el oído, fortalece la percepción y capacita al creyente para caminar con discernimiento en tiempos complejos.

El llamado del Reino no es a competir con el mundo en términos de rendimiento, sino a superarlo en términos de carácter. La excelencia del Reino no busca reconocimiento humano, pero inevitablemente genera impacto. Jesús enseñó que el buen árbol da buen fruto, y que ese fruto es visible (**Mateo 7:17**). No se trata de aparentar santidad, sino de manifestar una vida transformada que glorifica a Dios en lo cotidiano. El Reino no se impone; se evidencia.

Cuando la Iglesia recupera la comprensión bíblica de la excelencia, deja de conformarse con sobrevivir espiritualmente. Se despierta una generación que no negocia su llamado, que no acomoda su fe al sistema y que no reduce el Evangelio para hacerlo aceptable. Una Iglesia excelente no es una Iglesia perfecta, sino una Iglesia arrepentida,

dependiente de Dios y comprometida con Su verdad. La excelencia no elimina la necesidad de la gracia; la honra.

Este capítulo establece una verdad ineludible: Dios es digno de lo mejor, no porque lo necesite, sino porque lo merece. Y cuando Su pueblo vive conforme a esa convicción, el Reino se manifiesta con claridad. La excelencia no glorifica al hombre; glorifica a Dios. No exalta el esfuerzo humano; revela el poder transformador de la gracia. Allí donde esta verdad se restaura, la mediocridad pierde legitimidad y el Reino comienza a expresarse con plenitud.

Así, el llamado queda establecido: no vivir para cumplir lo mínimo, sino para honrar al Rey con todo. No caminar desde la comodidad, sino desde la convicción. No conformarse con una fe funcional, sino abrazar una vida rendida al gobierno del Reino. Porque donde el Reino gobierna, la excelencia no es una meta lejana, sino una evidencia cotidiana de que Dios reina verdaderamente en medio de Su pueblo.

***“¡Dichoso el hombre que honra al Señor y se deleita
obedeciendo sus mandatos!”***

Salmos 112:1

Capítulo nueve

SABIDURÍA, CONSAGRACIÓN Y GESTIÓN

“...Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.”

Romanos 6:13

El Reino de Dios no se sostiene únicamente por pasión, ni se manifiesta solo por fervor espiritual; se edifica sobre vidas que han aprendido a caminar en sabiduría, consagración y buena gestión. Cuando alguno de estos pilares falta, la fe se desequilibra y la mediocridad encuentra una rendija por donde volver a instalarse.

El Reino no solo confronta la pereza espiritual, sino también la inmadurez, el desorden y la improvisación constante que muchas veces se disfrazan de espiritualidad. Dios no es un Dios de confusión, sino de orden, y donde Su gobierno se manifiesta, ese orden se hace evidente.

La sabiduría bíblica no es información acumulada ni conocimiento teológico sin aplicación; es la capacidad

espiritual de vivir conforme a la verdad revelada. La Escritura declara que el principio de la sabiduría es el temor del Señor (**Proverbios 9:10**), estableciendo que toda verdadera sabiduría nace de una relación correcta con Dios.

Cuando el temor de Dios se pierde, la fe se vuelve liviana, las decisiones se vuelven impulsivas y la vida espiritual comienza a depender de emociones fluctuantes. La mediocridad prospera allí donde la sabiduría es reemplazada por opiniones, tendencias o pragmatismo religioso.

El Reino demanda sabiduría porque cada decisión espiritual tiene consecuencias. No todo lo que es posible es conveniente, ni todo lo permitido edifica. Pablo advierte que, aunque todo es lícito, no todo conviene ni edifica (**1 Corintios 10:23**). Esta afirmación revela una fe gobernada por discernimiento y no por impulsos. La sabiduría del Reino enseña a evaluar la vida desde una perspectiva eterna, entendiendo que cada elección contribuye o debilita el propósito de Dios en nosotros. Donde falta sabiduría, la mediocridad se disfraza de libertad.

La consagración, por su parte, ha sido uno de los conceptos más erosionados en la espiritualidad contemporánea. Para muchos, consagrarse significa aislarse del mundo o cumplir ciertas prácticas externas, pero en la Escritura la consagración es una entrega integral del ser al gobierno de Dios. Pablo exhorta a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, afirmando que este es nuestro culto racional (**Romanos 12:1**). La

consagración no es un evento ocasional; es una postura permanente del corazón. Allí donde no hay consagración, la excelencia del Reino no puede sostenerse.

La mediocridad encuentra terreno fértil en vidas parcialmente consagradas. Personas que aman a Dios, pero no le han entregado completamente sus decisiones, su tiempo, sus recursos o sus prioridades. Sin embargo, el Reino no opera en compartimentos. Jesús fue claro al afirmar que nadie puede servir a dos señores (**Mateo 6:24**). La consagración no admite dobles lealtades. No porque Dios sea exigente por inseguridad, sino porque Su gobierno es absoluto. Donde Cristo no reina plenamente, algo más terminará gobernando.

La gestión, finalmente, es el fruto visible de la sabiduría y la consagración. No se puede gestionar correctamente lo que no se honra, ni se puede honrar aquello que no ha sido consagrado. El Reino demanda buena administración porque Dios confía Su obra, Su verdad y Su gracia a personas, no a sistemas. Jesús enseñó repetidamente sobre mayordomía, dejando en claro que la fidelidad no se mide por la cantidad recibida, sino por la forma en que se administra. El siervo fiel no es el más talentoso, sino el más responsable.

La mala gestión no siempre es producto de mala intención; muchas veces nace de la falta de formación espiritual. Cuando la Iglesia descuida la enseñanza sobre administración del tiempo, de los dones, de los recursos y de

la vida misma, prepara creyentes bien intencionados pero ineficaces. Proverbios declara que los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia (**Proverbios 21:5**). La diligencia no es un rasgo natural; es una virtud formada. Y donde no se forma diligencia, la mediocridad se perpetúa.

La sabiduría del Reino enseña a vivir con propósito, la consagración sostiene ese propósito en el tiempo, y la gestión lo materializa en la práctica. Separar estos tres elementos es desfigurar el diseño de Dios. Hay creyentes con conocimiento bíblico que carecen de consagración, y por eso viven sin autoridad. Hay otros profundamente consagrados, pero sin sabiduría, y terminan agotados, frustrados o desordenados. Y también los hay con buenas intenciones y esfuerzo sincero, pero sin una gestión clara, desperdiciando oportunidades que Dios les confió.

El Reino no se edifica sobre el desorden espiritual. Dios llamó a Bezalel y a los artesanos del tabernáculo no solo por su espiritualidad, sino porque los llenó de sabiduría, inteligencia y ciencia para hacer toda obra (**Éxodo 31:1 al 5**). Esta verdad revela que Dios valora la capacidad, la preparación y la excelencia práctica cuando se ponen al servicio de Su gloria. La espiritualidad auténtica no desprecia la competencia; la consagra.

La mediocridad espiritual suele justificarse con un lenguaje piadoso que esconde falta de responsabilidad. Se habla de depender de Dios, pero se descuida la disciplina. Se

invoca la guía del Espíritu, pero se rechaza la formación. Sin embargo, la Escritura muestra que el Espíritu Santo no reemplaza la responsabilidad humana; la activa. Pablo exhorta a Timoteo a avivar el don de Dios que está en él (**2 Timoteo 1:6**), dejando en claro que el don necesita ser cultivado. El Reino no unge el descuido.

La consagración auténtica produce orden interior. Cuando el corazón está alineado con Dios, la vida comienza a alinearse también. Las prioridades se clarifican, las decisiones se simplifican y el propósito se fortalece. La mediocridad, en cambio, produce dispersión. Muchas actividades, poco fruto. Mucho movimiento, poca transformación. Jesús declaró que el que permanece en Él lleva mucho fruto y que alejados de Él, nada podemos hacer (**Juan 15:5**). Permanecer implica continuidad, enfoque y fidelidad, no solo momentos de intensidad espiritual.

La gestión del Reino también implica entender que todo lo que somos y tenemos pertenece a Dios. No somos dueños, somos administradores. Esta verdad confronta directamente el ego, uno de los principales aliados de la mediocridad. Cuando el yo gobierna, la vida se organiza alrededor de la comodidad personal; cuando Dios gobierna, la vida se ordena alrededor del propósito eterno. ***“Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas” (Romanos 11:36).*** Esta declaración redefine la manera de vivir.

El Reino demanda creyentes sabios para discernir los tiempos, consagrados para no negociar la verdad, y buenos

administradores para no desperdiciar lo que Dios confía. Estas tres columnas sostienen una vida poderosa, no porque exalten al hombre, sino porque honran a Dios. Donde estas virtudes se desarrollan, la mediocridad no puede mantenerse, porque la vida comienza a producir fruto consistente y duradero.

Este capítulo deja establecido que la transformación del Reino no ocurre por accidente. Es el resultado de una vida formada intencionalmente bajo el gobierno de Dios. Sabiduría para decidir, consagración para permanecer y gestión para avanzar. Cuando estos elementos se integran, el creyente deja de vivir reaccionando a las circunstancias y comienza a gobernar su vida conforme al diseño del Reino. Y allí, la fe deja de ser una teoría inspiradora para convertirse en una realidad visible que glorifica a Dios en todo.

El Reino de Dios no se expresa de manera plena en vidas desordenadas, ni se sostiene en entusiasmos momentáneos carentes de formación espiritual. La sabiduría, la consagración y la gestión no son virtudes aisladas, sino dimensiones inseparables de una vida que ha sido verdaderamente rendida al gobierno de Dios.

Cuando estas tres realidades convergen, el creyente deja de vivir desde la improvisación y comienza a caminar con dirección, estabilidad y autoridad espiritual. Allí donde el Reino gobierna, la fe deja de ser reactiva y se vuelve intencional.

La Escritura deja en claro que Dios no llama a Su pueblo a una espiritualidad frágil o inconstante. Pablo exhorta a los creyentes a andar como sabios, no como necios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos (**Efesios 5:15 y 16**). Esta exhortación revela que la madurez espiritual incluye una administración consciente de la vida. No se trata solo de evitar el pecado, sino de discernir cómo invertir correctamente el tiempo, la energía y los recursos que Dios confía. La falta de gestión no es una debilidad menor; es una grieta por donde la mediocridad vuelve a filtrarse.

La consagración auténtica sostiene la vida cuando las emociones fluctúan y las circunstancias se vuelven adversas. No depende del ánimo del momento, sino de una convicción profunda de pertenencia. ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3)***. Esta verdad redefine la identidad del creyente: ya no vive para sí mismo, sino para Aquel que murió y resucitó por él. Cuando esta realidad se internaliza, la entrega deja de ser negociable y la obediencia se vuelve una expresión natural del amor.

La sabiduría del Reino nos protege de los extremos: del activismo sin dirección y de la pasividad disfrazada de fe. Nos enseña a discernir cuándo avanzar, cuándo esperar y cuándo corregir el rumbo. Santiago declara que, si alguno tiene falta de sabiduría, debemos pedirla a Dios, quien la da abundantemente y sin reproche (**Santiago 1:5**). Esta promesa revela que Dios desea formar vidas sabias, capaces de caminar con discernimiento en medio de contextos

complejos. La mediocridad prospera donde se desprecia la sabiduría; el Reino se afirma donde se la busca con humildad.

La buena gestión, por su parte, honra a Dios porque reconoce Su señorío sobre todas las áreas de la vida. Jesús enseñó que el siervo fiel y prudente es aquel que administra correctamente lo que se le confía, aun cuando el Señor parece tardar (**Mateo 24:45 y 46**). Esta fidelidad silenciosa, constante y responsable es una de las mayores expresiones de madurez espiritual. El Reino no se edifica solo con grandes declaraciones, sino con vidas coherentes que saben administrar lo pequeño con temor del Señor.

Este capítulo establece una verdad ineludible: la mediocridad no se vence únicamente con pasión espiritual, sino con formación integral. El fuego sin sabiduría consume; la consagración sin gestión agota; y la gestión sin consagración se vuelve mecánica. Pero cuando estas tres columnas se alinean bajo el gobierno de Dios, la vida cristiana adquiere peso espiritual, estabilidad y fruto duradero. Allí, el creyente deja de sobrevivir espiritualmente y comienza a vivir con propósito eterno.

El Reino necesita hombres y mujeres que piensen con sabiduría, vivan consagrados y administren con fidelidad. No para exaltarse a sí mismos, sino para glorificar a Dios en todo. Cuando esta visión se restaura en la Iglesia, la mediocridad pierde legitimidad y el testimonio del Reino recupera autoridad. Porque una vida bien gobernada por Dios

se convierte, inevitablemente, en una manifestación visible de Su gloria.

Así, este capítulo no solo cierra una enseñanza, sino que prepara el corazón para una verdad aún más confrontante: el Reino no unge la negligencia, ni respalda la tibieza, ni se manifiesta donde se tolera la mediocridad. Esa realidad será abordada en el próximo tramo del libro, donde la unción aparece no como un recurso místico, sino como una respuesta divina a vidas ordenadas, rendidas y fieles delante del Señor.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente...”

Lucas 10:27

Capítulo diez

LA UNCIÓN RECHAZA LA MEDIOCRIDAD

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento...”

2 Pedro 1:5

La unción de Dios no es un recurso disponible para sostener la mediocridad, ni un barniz espiritual destinado a embellecer vidas desordenadas. La unción es la manifestación del favor, del respaldo y del gobierno de Dios sobre una vida que ha sido rendida, formada y alineada con Su propósito.

Cuando se intenta separar la unción del carácter, del orden espiritual y de la obediencia, se termina reduciéndola a una experiencia emocional pasajera, desprovista de autoridad y de fruto duradero. Dios no unge la pereza, no respalda el desorden y no se manifiesta en la tibieza espiritual.

A lo largo de la Escritura, la unción nunca aparece como un atajo que reemplaza la formación espiritual. Por el contrario, siempre está asociada a procesos profundos de trato divino. David fue ungido siendo joven, pero no gobernó de inmediato. Entre la unción y el trono hubo años de quebranto, persecución, fidelidad en lo oculto y obediencia en circunstancias injustas. Esa temporada no fue un retraso, sino una preparación. La unción auténtica no se sostiene sin carácter, y el carácter no se forma sin procesos. Pretender la manifestación del poder de Dios sin aceptar el trato de Dios es una de las expresiones más peligrosas de la mediocridad espiritual.

La Escritura es clara al afirmar que Dios es santo y que Su santidad no es negociable. ***“Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16)*** no es una sugerencia, sino un principio de gobierno. La unción fluye donde hay reverencia, temor del Señor y una vida que busca agradar a Dios por encima de todo. Cuando la Iglesia relativiza la santidad en nombre de la gracia mal entendida, no libera al pueblo; lo debilita. La gracia no fue dada para tolerar la tibieza, sino para vencerla. Donde la tibieza se normaliza, la unción se diluye.

Uno de los grandes errores de nuestra generación ha sido confundir unción con emoción. Se ha enseñado a identificar la presencia de Dios con sensaciones intensas, lágrimas o exaltación momentánea, pero la unción bíblica produce transformación, autoridad y fruto. Pablo afirma que el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder (1

Corintios 4:20), y ese poder no se limita a lo visible en una reunión, sino que se manifiesta en una vida coherente, firme y estable. La verdadera unción se evidencia cuando el creyente puede sostener su fe en secreto, resistir la tentación y caminar en obediencia aun cuando nadie lo ve.

Dios no unge la negligencia espiritual. La falta de disciplina, la ausencia de vida devocional y el descuido de la Palabra no son detalles menores; son señales de una vida que no está preparada para portar peso espiritual. Jesús mismo enseñó que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho (**Lucas 16:10**). La unción mayor nunca se derrama sobre vidas que desprecian lo pequeño. Cuando el creyente descuida lo cotidiano, lo básico y lo formativo, demuestra que no está listo para administrar lo profundo.

La unción tampoco se manifiesta en el desorden. Dios no es un Dios de confusión, sino de paz (**1 Corintios 14:33**). El desorden interior, emocional, relacional o espiritual crea un ambiente incompatible con la manifestación sostenida del Espíritu Santo. No porque Dios sea limitado, sino porque Su gobierno no cohabita con la resistencia voluntaria al orden. La mediocridad espiritual suele justificarse diciendo que “Dios conoce el corazón”, pero esa verdad no exime la responsabilidad de ordenar la vida conforme a Su voluntad. El Espíritu Santo no unge el caos; lo confronta.

La tibieza es quizás el mayor enemigo silencioso de la unción. No se opone abiertamente a Dios, pero tampoco se rinde plenamente a Él. Como mencioné anteriormente, Jesús

advirtió con severidad a la iglesia de Laodicea, declarando que la tibieza produce rechazo, no aceptación (**Apocalipsis 3:15 y 16**). La tibieza no es neutralidad espiritual; es una postura que resiste el señorío total de Cristo. Donde hay tibieza, la unción no puede fluir con libertad, porque la unción exige rendición completa.

La unción verdadera siempre está ligada al propósito. Dios unge para enviar, para capacitar y para manifestar Su Reino, no para engrandecer al hombre. Isaías declara que el Espíritu del Señor estaba sobre el Mesías para anunciar buenas nuevas, sanar, libertar y proclamar el año agradable del Señor (**Isaías 61:1 y 2**). La unción no es un fin en sí misma; es un medio para cumplir la voluntad de Dios. Cuando se busca la unción como una experiencia personal desvinculada del propósito eterno, se cae en una espiritualidad centrada en el yo, incompatible con el Reino.

La mediocridad espiritual intenta utilizar la unción como compensación de lo que no se quiere trabajar. Se espera que Dios haga sobrenaturalmente lo que el creyente se niega a ordenar naturalmente. Pero la Escritura muestra que Dios coopera con la obediencia, no con la excusa. Pablo exhorta a Timoteo a ejercitarse para la piedad (**1 Timoteo 4:7**), revelando que la vida espiritual requiere intencionalidad y disciplina. El Espíritu Santo no reemplaza el compromiso; lo fortalece.

La unción tampoco se sostiene en vidas sin integridad. La falta de coherencia entre lo que se predica y lo que se vive

debilita la autoridad espiritual, aunque haya carisma. Jesús advirtió que muchos dirían **“Señor, Señor”** y aun así no serían reconocidos, porque practicaban la iniquidad (**Mateo 7:21 al 23**). Estas palabras no anulan los dones, pero sí revelan que el ejercicio de dones sin obediencia no equivale a una relación aprobada por Dios. La unción no autentica el desorden moral; lo confronta para su eliminación.

Cuando la Iglesia comprende que la unción es consecuencia y no sustituto, se produce una transformación profunda. Se deja de perseguir manifestaciones aisladas y se comienza a cultivar una vida que honra a Dios en lo secreto. Allí, la unción deja de ser intermitente y se vuelve una realidad sostenida. **“Mas el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios” (2 Corintios 1:21)**. Esta unción no depende del ánimo del día, sino de una comunión establecida.

El Reino no necesita creyentes impresionantes, sino vidas rendidas. No necesita grandes plataformas, sino corazones quebrantados y obedientes. La unción no se manifiesta en la mediocridad porque la mediocridad resiste el gobierno de Dios. Pero donde hay hambre genuina, disciplina espiritual, santidad y fidelidad, la unción fluye con poder, no para exaltar al hombre, sino para glorificar al Rey.

Dios sigue ungiendo personas, pero no ha cambiado Su estándar. La unción sigue siendo derramada, pero no sobre cualquier altar. El fuego sigue cayendo, pero no sobre sacrificios a medias. El Reino se manifiesta donde hay vidas

alineadas, corazones rendidos y fe obediente. Allí, la mediocridad no puede permanecer, porque la presencia de Dios transforma todo lo que toca.

El antídoto del Reino no es una experiencia más intensa, sino una vida más rendida. No es hacer más ruido espiritual, sino caminar con mayor profundidad. Porque la unción no se manifiesta en la mediocridad, sino en vidas que han decidido honrar a Dios con todo lo que son y con todo lo que tienen.

La unción no es un recurso neutro ni un fenómeno automático; es una respuesta divina a una vida alineada con el gobierno del Reino. A lo largo de toda la Escritura, Dios se manifiesta con poder allí donde encuentra corazones rendidos, obedientes y dispuestos a pagar el precio de la fidelidad.

Nunca ungió la comodidad, jamás respaldó la negligencia, y nunca sostuvo la tibieza como un estado aceptable. La unción no se acomoda al hombre; el hombre es llamado a alinearse con Dios. Esta verdad, aunque confrontante, es profundamente liberadora, porque devuelve a la Iglesia la claridad del camino.

La mediocridad espiritual no siempre se presenta como pecado visible, sino como tolerancia silenciosa a lo que no debería permanecer. Es la renuncia progresiva a la profundidad, el acostumbramiento a una fe sin peso y la aceptación de una vida cristiana sin transformación

sostenida. Pero la unción de Dios no cohabita con la resignación espiritual. Allí donde el creyente se conforma con menos de lo que Dios ha prometido, la presencia se vuelve esporádica, y el poder pierde consistencia. No porque Dios se retire, sino porque Su gobierno no ha sido plenamente recibido.

La Escritura enseña que Dios unge para establecer Su propósito, no para validar estilos de vida. ***“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6)***. Esta declaración no elimina la responsabilidad humana; la reubica. El Espíritu Santo no reemplaza la obediencia, la disciplina ni el carácter; los fortalece. La unción no viene a suplir lo que el creyente descuida, sino a potenciar lo que ha sido consagrado. Donde no hay altar, no hay fuego sostenido.

La falta de unción permanente en muchas vidas no se debe a una escasez divina, sino a una desconexión espiritual. Se desea el poder, pero se evita el proceso. Se anhela la manifestación, pero se rehúye la formación. Se busca el respaldo de Dios, pero se resiste Su trato. Sin embargo, la Escritura revela que Dios trata con aquellos a quienes ama, y disciplina a todo hijo que recibe **(Hebreos 12:6)**. El trato no es rechazo; es preparación. Y solo los que aceptan el trato pueden portar el peso de la gloria.

La unción no se manifiesta en la mediocridad porque la mediocridad es, en esencia, una forma de resistencia al señorío de Cristo. No una rebelión abierta, sino una entrega

incompleta. Jesús no busca seguidores ocasionales, sino discípulos rendidos. No convoca admiradores de Su poder, sino portadores de Su vida.

Este capítulo confronta una espiritualidad que se ha acostumbrado a separar la experiencia del compromiso. Pero en el Reino, toda experiencia auténtica produce transformación. Cuando la unción es real, afecta la manera de pensar, de decidir, de vivir y de relacionarse. No se limita a un espacio sagrado, sino que se expresa en la vida cotidiana. Donde no hay fruto visible, la unción ha sido confundida con emoción. El Espíritu Santo no se derrama para entretener, sino para gobernar.

La Iglesia necesita recuperar una visión bíblica de la unción, libre de misticismo superficial y de pragmatismo religioso. La unción no es una herramienta para el éxito ministerial, sino una señal de aprobación divina sobre una vida alineada. Dios no unge plataformas; unge personas. No unge discursos; unge corazones. Y cuando encuentra un corazón dispuesto a obedecer, a ordenar su vida y a honrarlo en lo secreto, Su presencia se manifiesta con autoridad y poder.

Este capítulo deja una advertencia clara, pero también una esperanza poderosa. La advertencia es que la mediocridad no puede coexistir con la plenitud del Espíritu. La esperanza es que la unción sigue disponible para todo aquel que decide rendirse completamente al gobierno de Dios. No importa cuán liviana haya sido la vida espiritual

hasta aquí; lo que importa es la respuesta al llamado presente. Dios sigue buscando hombres y mujeres que estén dispuestos a decirle “sí” sin reservas.

Así, se cierra esta sección del libro con una verdad que no puede ser ignorada: el Reino no se manifiesta donde se negocia la obediencia. La unción no descansa sobre vidas a medias. El fuego no permanece sobre altares descuidados. Pero donde hay entrega total, disciplina espiritual, temor del Señor y hambre genuina por Dios, la presencia se establece, el poder fluye y la mediocridad es desplazada.

Porque la unción no se manifiesta en la mediocridad, sino en vidas que han decidido honrar a Dios con todo. Y cuando ese nivel de rendición se alcanza, el Reino deja de ser un concepto enseñado y se convierte en una realidad vivida, visible y transformadora, para gloria del Rey eterno.

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”

Romanos 11:36

PARTE IV

PROPUESTA: EL LLAMADO A UNA VIDA SUPERIOR

Capítulo once

CRISTIANOS QUE GOBIERNAN SU ASIGNACIÓN

*“De ti proceden la riqueza y el honor;
tú lo gobiernas todo.*

*En tus manos están la fuerza y el poder;
y eres tú quien engrandece y fortalece a todos.”*

1 Crónicas 29:12

El llamado del Reino no es a escapar del mundo, sino a gobernar en medio de él. Dios nunca diseñó a Sus hijos para vivir a la defensiva, sobreviviendo espiritualmente mientras el sistema impone sus valores, sus ritmos y sus prioridades. Desde el principio, el diseño fue claro: dominio, mayordomía y representación. ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree”*** (Génesis 1:26). Esta declaración no fue anulada por la caída; fue restaurada en Cristo. El problema no es la ausencia de autoridad, sino la pérdida de conciencia de identidad.

Gobernar el propio mundo no implica ejercer control sobre otros, sino vivir bajo el gobierno de Dios de tal manera que todas las áreas de la vida reflejen Su señorío. El Reino

no comienza en las multitudes, sino en el corazón. Jesús enseñó que el Reino de Dios está entre nosotros, revelando que su manifestación externa siempre depende de una realidad interna previamente establecida. Donde Cristo no gobierna internamente, no puede haber gobierno legítimo externamente. Por eso, el llamado a una vida superior comienza con la rendición del yo.

La mediocridad espiritual se manifiesta cuando el creyente vive reaccionando a las circunstancias en lugar de gobernarlas. Familias gobernadas por emociones, trabajos dominados por la presión, finanzas sujetas al temor, decisiones tomadas desde la urgencia y no desde la sabiduría. Pero el Reino produce hombres y mujeres que han aprendido a caminar con dominio propio, entendiendo que el fruto del Espíritu no es una teoría espiritual, sino una evidencia práctica de gobierno interior.

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.”

2 Timoteo 1:7

Gobernar la familia es uno de los primeros escenarios donde se evidencia una vida superior. No se trata de imponer autoridad desde la dureza, sino de establecer un ambiente donde Cristo es honrado, la Palabra es respetada y el amor se expresa con verdad. La Escritura declara que quien no sabe gobernar su casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios? (**1 Timoteo 3:5**). Esta afirmación no apunta solo a líderes formales, sino a todo creyente que ha sido llamado a

representar el Reino desde lo cotidiano. El hogar es el primer altar, y también el primer territorio de gobierno espiritual.

En el ámbito del trabajo, el Reino confronta directamente la mediocridad funcional. No porque el trabajo sea el centro de la vida, sino porque es uno de los principales espacios donde se manifiesta el testimonio. La Escritura exhorta a trabajar como para el Señor y no para los hombres (**Colosenses 3:23**), estableciendo que el trabajo no es solo un medio de sustento, sino un acto de adoración. Un creyente que gobierna su mundo no trabaja desde la queja ni desde la negligencia, sino desde la excelencia, la responsabilidad y la integridad. No para destacarse, sino para honrar a Dios.

El gobierno del Reino también alcanza el área financiera, uno de los terrenos donde la mediocridad espiritual suele esconderse bajo discursos piadosos. Jesús habló más del dinero que de muchos otros temas, no porque fuera un fin, sino porque revela con claridad quién gobierna el corazón. ***“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21). Gobernar las finanzas no significa acumular, sino administrar con sabiduría, generosidad y propósito. La falta de orden financiero no es solo un problema práctico; muchas veces es una señal de una vida que no ha sido completamente rendida.

El carácter es, quizás, el indicador más claro de una vida que gobierna su mundo. Los dones pueden abrir puertas, pero solo el carácter las mantiene abiertas. El Reino no se sostiene sobre carisma, sino sobre integridad. Proverbios

declara que mejor es el lento para la ira que el poderoso, y el que gobierna su espíritu que el que toma una ciudad (**Proverbios 16:32**). Esta afirmación redefine el concepto de victoria: no es conquistar territorios externos mientras se pierde el control interno, sino ejercer dominio sobre el propio espíritu bajo el gobierno de Dios.

El testimonio del creyente no se construye con palabras bien articuladas, sino con una vida coherente. Jesús afirmó que la luz no puede esconderse y que las buenas obras glorifican al Padre (**Mateo 5:14 al 16**). El mundo no necesita más discursos religiosos; necesita evidencia visible de una vida transformada. Cuando el creyente gobierna su mundo con sabiduría, consagración y fidelidad, el Reino se vuelve tangible. No por imposición, sino por manifestación.

Una vida superior no es una vida sin conflictos, sino una vida con dirección. El Reino no promete ausencia de adversidad, pero sí autoridad para atravesarla. Jesús declaró que en el mundo tendríamos aflicción, pero que confiáramos, porque Él venció al mundo (**Juan 16:33**). Gobernar el propio mundo implica enfrentar desafíos desde la fe y no desde el temor, desde la verdad y no desde la confusión. La mediocridad huye del conflicto; el Reino lo enfrenta con discernimiento.

La vida superior del Reino también se evidencia en la manera de relacionarse. Relaciones sanas, restauradas y guiadas por el amor y la verdad son una expresión poderosa del gobierno de Dios. Pablo exhorta a no conformarse a este

siglo, sino a ser transformados mediante la renovación del entendimiento, y esa transformación afecta directamente la manera en que tratamos a otros. El Reino no gobierna desde el ego, sino desde el servicio. Jesús enseñó que el mayor es el que sirve, no el que se impone.

Gobernar el propio mundo no es una tarea reservada para creyentes “especiales”, sino el llamado normal de todo hijo del Reino. Pedro declara que hemos sido llamados de las tinieblas a la luz admirable de Dios para anunciar Sus virtudes (**1 Pedro 2:9**). Esa proclamación no es solo verbal; es existencial. Cada área de la vida se convierte en un púlpito silencioso donde el Reino es anunciado con hechos.

Este capítulo marca una transición clara: ya no se trata solo de abandonar la mediocridad, sino de abrazar activamente una vida superior. El Reino no llama a sobrevivientes espirituales, sino a gobernantes formados. No a creyentes reactivos, sino a hijos maduros que entienden su identidad y su responsabilidad. Gobernar el propio mundo es vivir bajo el gobierno de Dios de manera tan integral que Su Reino se manifieste en lo cotidiano.

Así, el llamado queda establecido con claridad: no conformarse con una fe funcional, sino vivir desde una fe gobernante. No adaptarse al sistema, sino transformar el entorno. No vivir a la deriva, sino caminar con propósito eterno. Porque cuando un creyente gobierna su mundo bajo el señorío de Cristo, la mediocridad pierde toda autoridad y

el Reino de Dios se manifiesta con poder, verdad y gloria en cada rincón de la vida.

Gobernar el propio mundo no es una aspiración opcional dentro del Reino, sino una consecuencia inevitable de haber entendido correctamente quién es Dios y quiénes somos en Cristo. Cuando esta revelación se pierde, el creyente vive por debajo de su herencia, acepta límites que Dios nunca impuso y se resigna a una espiritualidad defensiva, más preocupada por resistir que por avanzar. Pero el Reino no fue establecido para la supervivencia, sino para la manifestación del gobierno de Dios a través de vidas transformadas.

La Escritura deja en claro que el Reino no se gestiona con pasividad, sino que se manifiesta con determinación espiritual. Esta determinación no debe ser carnal ni agresiva, sino espiritual: es la firme decisión de no conformarse con menos de lo que Dios ha establecido. Gobernar la propia vida implica rechazar toda forma de mediocridad interior, aun cuando esta se disfraze de prudencia, humildad o resignación.

El mayor campo de batalla del gobierno espiritual no está fuera, sino dentro del corazón. Allí se define si las emociones gobiernan, si el temor dirige las decisiones, si la comodidad marca el ritmo o si el Espíritu Santo tiene libertad para conducir la vida. Proverbios declara que, sobre toda cosa guardada, debemos guardar el corazón, porque de él mana la vida (**Proverbios 4:23**). Un creyente que no gobierna su interior difícilmente podrá gobernar su entorno. El Reino

comienza con el orden interno antes de manifestarse externamente.

La vida superior del Reino no se mide por la ausencia de errores, sino por la capacidad de corrección. Un creyente que gobierna su mundo no es aquel que nunca falla, sino aquel que no se justifica cuando falla, sino que se arrepiente, se levanta y vuelve a alinearse con la voluntad de Dios. ***“El justo cae siete veces, y vuelve a levantarse” (Proverbios 24:16).*** Esta dinámica revela madurez espiritual: no huir del proceso, sino aprender de él.

Gobernar la vida cotidiana bajo el Reino también implica asumir responsabilidad espiritual por las decisiones tomadas. El sistema enseña a culpar a las circunstancias, al pasado o a otros, pero el Reino llama a vivir desde la responsabilidad personal delante de Dios. Pablo afirma que cada uno dará a Dios cuenta de sí mismo **(Romanos 14:12)**. Esta verdad no produce temor paralizante, sino claridad espiritual. El creyente que gobierna su mundo entiende que su vida tiene peso eterno, y por eso decide con temor del Señor.

El llamado a una vida superior no es elitista ni reservado para unos pocos más “espirituales”. Es el estándar normal del Reino para todo hijo de Dios. La diferencia no está en la capacidad, sino en la disposición. Dios no busca perfección humana, sino corazones rendidos y enseñables. Cuando un creyente se dispone a vivir bajo el gobierno de Dios, el Espíritu Santo comienza a ordenar áreas que antes

estaban desalineadas, trayendo claridad donde había confusión y autoridad donde había debilidad.

La Iglesia necesita recuperar creyentes que gobiernen su mundo antes de intentar influir en el mundo. Familias fortalecidas, trabajos dignificados, finanzas ordenadas, relaciones sanas y testimonios coherentes son expresiones poderosas del Reino en acción. Jesús dijo que el que oye Sus palabras y las hace es como un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca (**Mateo 7:24**). Gobernar es edificar con fundamento, no improvisar sobre arena.

Este capítulo deja establecida una verdad central: el Reino no se impone por fuerza, sino que se manifiesta por coherencia. Cuando la vida del creyente está alineada con el gobierno de Dios, el Reino se vuelve visible sin necesidad de propaganda espiritual. La autoridad no se declara; se percibe. El testimonio no se exige; se reconoce. Y la mediocridad pierde su influencia cuando la vida comienza a reflejar con fidelidad el carácter del Rey.

Así, el llamado a gobernar el propio mundo es, en realidad, un llamado a vivir plenamente como hijo. No como esclavo del sistema, no como rehén de las circunstancias, no como creyente a medias, sino como heredero del Reino. Pablo declara que la creación aguarda con anhelo la manifestación de los hijos de Dios (**Romanos 8:19**). Esa manifestación no es mística ni abstracta; es profundamente práctica, cotidiana y visible.

Con esta conclusión, el capítulo once establece un puente firme hacia el cierre del libro. Ya no se trata solo de diagnosticar la mediocridad ni de exponer el antídoto del Reino, sino de responder al llamado final: decidir cómo viviremos. Gobernar o resignarnos. Avanzar o conformarnos. Vivir desde el diseño de Dios o adaptarnos al sistema. Porque una vida verdaderamente gobernada por Dios no solo cambia al creyente, sino que transforma el entorno y glorifica al Rey en todo.

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:14 al 16

Capítulo doce

DISEÑO DIVINO FUERA DE TODA MEDIOCRIDAD

*“Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el reino
y estás por encima de todo.”*
1 Crónicas 29:11

Salir de la mediocridad no es simplemente mejorar hábitos, corregir actitudes o elevar el rendimiento espiritual; es abandonar una forma de vivir que nunca fue diseñada por Dios. La mediocridad no es solo una conducta deficiente, sino una manera reducida de concebir la fe, de relacionarse con Dios y de comprender la vida cristiana. Por eso, entrar en el diseño de Dios no consiste en hacer más cosas para Él, sino en rendirse plenamente a Su gobierno. El verdadero cambio no comienza en la agenda, sino en el altar del corazón.

El diseño de Dios siempre fue una vida gobernada por el Reino. Desde el principio, el propósito divino fue que el hombre viviera en comunión con Él, reflejara Su imagen y

ejerciera dominio conforme a Su voluntad. La caída no eliminó ese diseño; lo distorsionó. Cristo no vino a ajustar una versión fallida del hombre, sino a restaurar el diseño original. ***“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29).*** Entrar en el diseño de Dios es volver a esa imagen restaurada, no conformarse con una versión espiritual empobrecida.

La mediocridad espiritual se sostiene mientras el creyente vive desde la adaptación y no desde la transformación. Pablo fue contundente al exhortar a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados mediante la renovación de la mente. La conformidad produce cristianos funcionales al sistema; la transformación produce hijos funcionales al Reino. No se puede habitar ambos mundos al mismo tiempo. O se vive adaptándose al sistema, o se vive manifestando el Reino. La neutralidad espiritual no existe.

Salir de la mediocridad implica una ruptura consciente con todo aquello que limita la plenitud de la vida en Dios. Renunciar a pensamientos pequeños, a expectativas reducidas, a una fe de mantenimiento y no de expansión. El pueblo de Israel quedó estancado en el desierto no por falta de promesa, sino por una mentalidad incapaz de sostenerla. ***“No pudieron entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19).*** La incredulidad no siempre se expresa como negación abierta, sino como resignación prolongada. Entrar en el diseño de Dios exige fe activa, no pasiva.

El diseño de Dios no es cómodo, pero es glorioso. No promete ausencia de lucha, pero sí plenitud de propósito. Jesús nunca llamó a Sus seguidores a una vida fácil, sino a una vida verdadera. ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23).*** Esta invitación no es una pérdida, sino una ganancia. Negarse al yo es el camino para acceder a la vida que Dios diseñó. Aferrarse al yo es permanecer en la mediocridad.

Muchos creyentes desean el resultado del diseño de Dios, pero no el proceso del Reino. Quieren autoridad sin formación, fruto sin permanencia, unción sin consagración. Pero el Reino no funciona por atajos. Jesús declaró que el que oye Sus palabras y las hace edifica sobre la roca, mientras que el que oye y no las hace edifica sobre arena **(Mateo 7:24 al 27)**. Ambos oyen, ambos conocen, pero solo uno obedece. La diferencia entre mediocridad y diseño no es información, sino obediencia.

Entrar en el diseño de Dios implica aceptar que la vida cristiana es intencional. No se vive por inercia, sino por convicción. No se avanza por emoción, sino por decisión. Pablo declara que prosigue a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús **(Filipenses 3:14)**. Ese lenguaje no es pasivo; es determinado. El Reino no se hereda por descuido, sino por una búsqueda persistente de la voluntad de Dios.

El diseño de Dios también redefine el concepto de éxito. El mundo mide el éxito por resultados visibles, reconocimiento y acumulación; el Reino lo mide por fidelidad, fruto y obediencia. Jesús enseñó que al final no se preguntará cuánto se hizo, sino desde dónde se hizo. ***“Bien, buen siervo y fiel”*** (Mateo 25:21) no es una afirmación cuantitativa, sino cualitativa. Salir de la mediocridad es dejar de compararse con otros y comenzar a vivir delante de Dios.

Este llamado final no es una exhortación emocional, sino una invitación a una decisión espiritual profunda. El diseño de Dios no se impone; se elige. Cada creyente decide si vivirá desde la comodidad de lo conocido o desde el desafío de lo eterno. Josué lo expresó con claridad cuando dijo: ***“Escogeos hoy a quién sirváis”*** (Josué 24:15). La elección no era entre dioses evidentes, sino entre una fe cómoda y una fe comprometida. Esa misma elección sigue vigente hoy.

Entrar en el diseño de Dios transforma todas las áreas de la vida. La fe deja de ser un compartimento y se convierte en el eje. El trabajo adquiere sentido eterno, la familia se transforma en un espacio de gobierno espiritual, las finanzas se ordenan bajo la mayordomía del Reino, el carácter se fortalece y el testimonio se vuelve coherente. ***“Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”*** (Mateo 6:33). La mediocridad invierte este orden; el diseño de Dios lo restaura.

Este libro comenzó diagnosticando una enfermedad espiritual y termina proclamando una salida clara. La mediocridad no es el destino del creyente, ni una condición inevitable de la Iglesia. Es una distorsión que puede ser confrontada, vencida y reemplazada por una vida conforme al diseño de Dios. Cristo no murió para que Sus seguidores sobrevivan espiritualmente, sino para que vivan en plenitud.

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”

Juan 10:10

Esta no es una conclusión intelectual, sino un llamado profético. Salir de la mediocridad es entrar en una vida rendida, gobernada y alineada con el Reino. No es un ajuste superficial, sino una transformación profunda. No es una meta futura, sino una decisión presente. El diseño de Dios sigue vigente, el Reino sigue avanzando y el Espíritu Santo sigue llamando.

La pregunta final no es qué tan bien entendimos estas verdades, sino qué haremos con ellas. Porque el Reino no se manifiesta en quienes solo oyen, sino en quienes obedecen. Y cuando un creyente decide vivir conforme al diseño de Dios, la mediocridad pierde todo poder, la vida adquiere sentido eterno y Dios es glorificado en todo.

Salir de la mediocridad es, en última instancia, una cuestión de rendición. No se trata de capacidades, oportunidades ni contextos favorables, sino de a quién se le

ha entregado el gobierno de la vida. La mediocridad persiste allí donde el yo sigue ocupando el trono, aun cuando el lenguaje sea cristiano y las prácticas religiosas estén presentes.

El diseño de Dios solo se activa plenamente cuando Cristo es reconocido no solo como aquel que nos salvó, sino como el Señor de nuestras vidas. Jesús dijo: ***“¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”*** (Lucas 6:46). Esta pregunta sigue resonando como un llamado directo al corazón de cada uno de los hijos del Reino.

El diseño de Dios no admite versiones parciales ni obediencias selectivas. No fue concebido para ser adaptado a la conveniencia humana, sino para transformar radicalmente la manera de vivir. Por eso, cada vez que el creyente intenta ajustar el Reino a su comodidad, termina debilitando su fe y empobreciendo su experiencia espiritual. El Reino no se acomoda al hombre; el hombre es transformado para vivir conforme al Reino. Toda otra opción conduce, inevitablemente, a una espiritualidad limitada.

La mediocridad espiritual se fortalece cuando se pierde el sentido de eternidad. Cuando la vida se reduce al aquí y ahora, cuando las decisiones se toman solo en función de lo inmediato, el propósito eterno se diluye y la fe se vuelve utilitaria. Sin embargo, la Escritura afirma que no tenemos aquí ciudad permanente, nuestro enfoque debe ser el Reino eterno. Entrar en el diseño de Dios implica recuperar una visión eterna que ordena lo temporal. El creyente que vive

con esta perspectiva no se conforma con una fe superficial, porque sabe que su vida tiene peso eterno.

Este llamado final no ignora las luchas, las heridas ni los procesos inconclusos. Dios no convoca a personas perfectas, sino a corazones dispuestos. Pero la disposición genuina siempre produce movimiento. El Reino no deja al creyente estancado.

Pablo declara que olvidando lo que queda atrás, se extiende hacia lo que está delante (**Filipenses 3:13**). Permanecer anclado en el pasado, aun en nombre del dolor, puede convertirse en una forma sofisticada de mediocridad. El diseño de Dios siempre empuja hacia adelante.

Salir de la mediocridad también implica abandonar la pasividad espiritual. El Evangelio no llama a espectadores, sino a participantes. No forma consumidores de contenido espiritual, sino discípulos comprometidos. Jesús no dijo “aprendan de mí cuando puedan”, sino *“síguenme”*. Seguir implica movimiento, renuncia y dirección. El creyente que entra en el diseño de Dios entiende que la fe no es una idea inspiradora, sino un camino que se recorre con obediencia diaria.

El diseño de Dios confronta directamente la cultura del mínimo esfuerzo. Mientras el sistema celebra la comodidad y la gratificación inmediata, el Reino honra la fidelidad, la perseverancia y la constancia. *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no*

desmayamos” (Gálatas 6:9). Esta promesa no es automática; está condicionada a la perseverancia. La mediocridad se rinde antes de tiempo; el Reino permanece.

Este libro ha mostrado que la mediocridad no es un problema menor, sino una distorsión profunda del llamado cristiano. Pero también ha dejado claro que el Reino de Dios es un antídoto suficiente, poderoso y vigente. Dios no ha rebajado Su estándar, pero tampoco ha retirado Su gracia. La invitación sigue abierta, el diseño sigue intacto y el Espíritu Santo sigue obrando. La pregunta no es si Dios está dispuesto, sino si nosotros lo estamos.

Entrar en el diseño de Dios implica aceptar que la vida cristiana no se vive desde la improvisación, sino desde la convicción. No se sostiene por emociones fluctuantes, sino por decisiones firmes. No se construye con intenciones, sino con obediencia. Jesús dijo que para ser fructíferos debemos permanecer en Él, y permanecer no es un acto ocasional; es una postura constante. Y donde hay permanencia, la mediocridad no puede prosperar.

Este cierre no es una crítica a los santos, por el contrario, es una invitación firme para todos. Dios no expone la mediocridad para avergonzar, sino para liberar. No confronta para destruir, sino para restaurar. El diseño de Dios no es una carga pesada, sino una vida alineada con la verdad. ***“Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:30).*** La verdadera pesadez no está en obedecer a Dios, sino en resistirse a Él.

Sinceramente deseo dejarlos frente a una decisión espiritual impostergable. Permanecer en una fe cómoda, predecible y sin transformación, o entrar en una vida rendida, gobernada y alineada con el Reino. Nadie puede tomar esa decisión por otro. Cada creyente debe responder personalmente al llamado de Dios.

Salir de la mediocridad no es un evento aislado; es un cambio de dirección. Entrar en el diseño de Dios no es una meta lejana; es una respuesta presente. El Reino sigue avanzando, la gracia sigue disponible y el llamado sigue vigente. Pero solo aquellos que deciden levantarse, rendirse y obedecer experimentan la plenitud de la vida que Dios diseñó.

No basta con entender el diseño, no alcanza con admirar el Reino, no es suficiente con desear una vida diferente. El llamado es a vivir en la plenitud que propone el Nuevo Pacto, en la vida de Cristo.

***“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho:
Porque linaje suyo somos.”***

Hechos 17:28

EPÍLOGO

Este libro no fue escrito para informar, sino para despertar. No nació con la intención de señalar errores ajenos, sino de confrontar una forma de vivir que, aunque frecuente, nunca fue el diseño de Dios para Sus hijos.

La mediocridad espiritual no siempre grita; muchas veces susurra. No siempre se presenta como rebeldía abierta, sino como conformismo silencioso. Y precisamente por eso resulta tan peligrosa: porque se vuelve aceptable, tolerable y, finalmente, normal.

A lo largo de estas páginas hemos visto que la mediocridad no es falta de actividad, sino ausencia de gobierno. No es ignorancia total, sino verdad no vivida. No es carencia de fe declarada, sino fe no ejercida. El mayor daño de la mediocridad no es lo que quita externamente, sino lo que apaga internamente: la pasión por Dios, el hambre por Su presencia y la convicción de haber sido llamados a algo más alto.

Este libro tampoco pretende cerrar un tema, sino abrir una puerta. La puerta de una vida rendida, gobernada y alineada con el Reino. Porque el Reino de Dios no es una doctrina que se estudia únicamente, sino una realidad que se vive. Y vivir el Reino implica tomar decisiones diarias que muchas veces van en contra de la comodidad, del sistema y

aun de la propia carne. Pero también implica experimentar una plenitud que ninguna vida mediocre puede ofrecer.

Quizás al llegar a este punto, algunos se encuentren confrontados, inquietos o incluso incómodos. Ese no es un mal síntoma; es una señal de que el Espíritu Santo ha estado obrando. Dios nunca confronta para condenar, sino para llamar. Nunca expone para avergonzar, sino para restaurar. Si estas palabras han despertado una incomodidad santa, entonces han cumplido su propósito.

La Iglesia de este tiempo no necesita creyentes más ocupados, sino más rendidos. No necesita más discursos, sino más vidas alineadas. No necesita aparentar poder, sino caminar en autoridad espiritual genuina. El mundo no será transformado por cristianos mediocres bien intencionados, sino por hijos del Reino que han decidido vivir conforme al diseño eterno de Dios.

Este epílogo no es un punto final, sino una transición. La verdadera pregunta no es qué hemos leído, sino qué haremos a partir de ahora. La mediocridad se vence con decisiones sostenidas, no con emociones momentáneas. El Reino se manifiesta cuando la obediencia se vuelve un estilo de vida.

Que estas páginas no queden archivadas en la memoria, sino encarnadas en la vida. Que no sean solo un diagnóstico acertado, sino el inicio de una transformación real. Porque Dios sigue llamando, el Reino sigue avanzando

y la gracia sigue disponible para todo aquel que decide responder.

***“La mediocridad no es nuestra marca
Mucho menos nuestro destino.
El diseño de Dios sigue vigente.
Y el llamado sigue en pie.
La gracia sigue abierta para otorgarnos
Todo el potencial en Cristo
No hay excusas aceptables ante el Padre
Solo se aceptan corazones rendidos...”***

Oración Final:

Padre Eterno, nos presentamos ante de Ti reconociendo que muchas veces hemos aceptado una vida por debajo de Tu diseño. No por falta de amor declarado, sino por falta de rendición total...

Hoy confesamos nuestra renuncia a toda forma de mediocridad espiritual: a la fe cómoda, a la obediencia parcial, a la resignación disfrazada de prudencia, y a toda mentalidad que pueda habernos conformado con menos de lo que Tú has prometido...

Renunciamos a vivir desde el mínimo esfuerzo, renunciamos a una espiritualidad superficial, renunciamos a una vida cristiana sin gobierno, sin fruto y sin transformación...

Hoy decidimos rendirnos completamente a Tu señorío. Te reconocemos como el Señor y Rey glorioso que eres. Venga a nosotros Tu Reino y gobierna todo nuestro ser. Nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestras relaciones, nuestro trabajo, nuestros recursos y nuestro propósito...

Señor, rompe con todo conformismo, despierta el hambre por Tu presencia, restaura la pasión por la santidad y establece en nuestro interior una convicción innegociable de vivir conforme a los valores del Reino...

Hoy damos un paso fuera de la mediocridad y entramos, por fe y obediencia a los gloriosos diseños del Reino...

Que nuestra vida glorifique Tu nombre, ahora y por siempre...

En el nombre de Jesucristo ¡Amén!

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

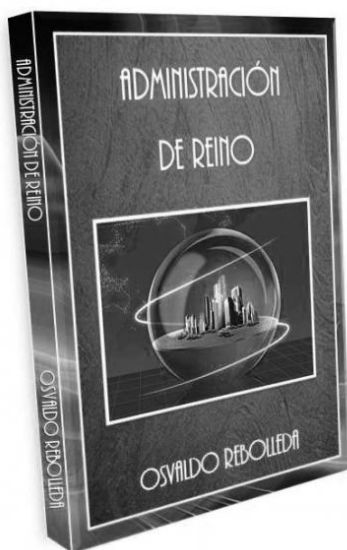
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

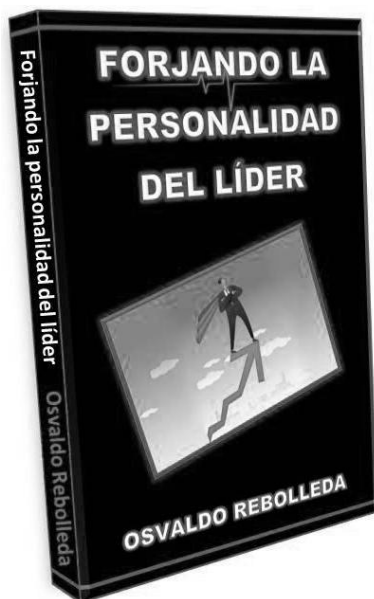
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

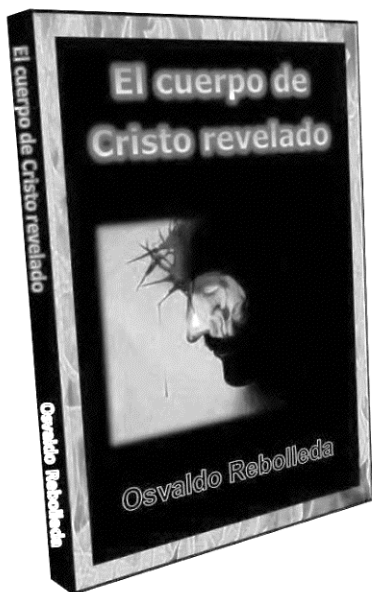
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

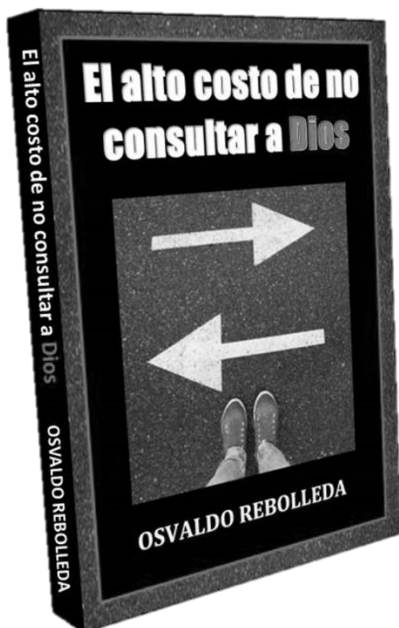


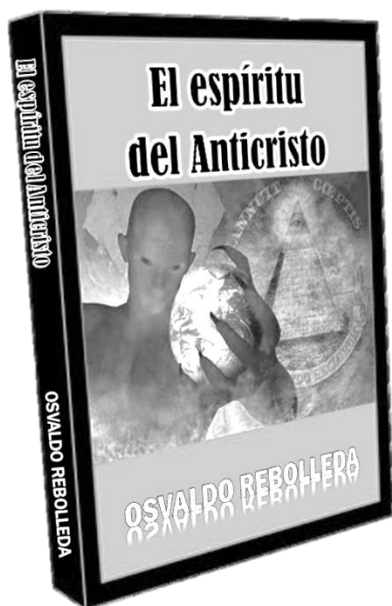
www.osvaldorebolleda.com



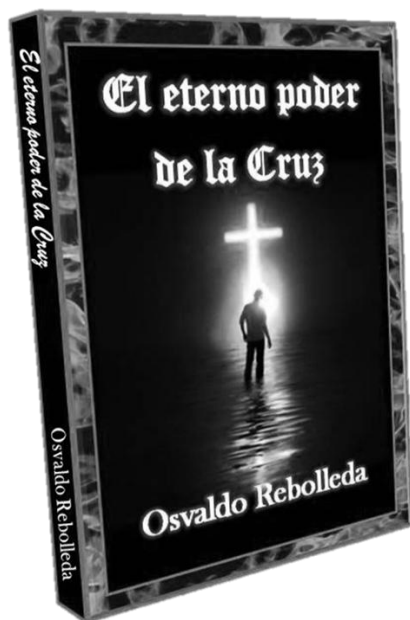
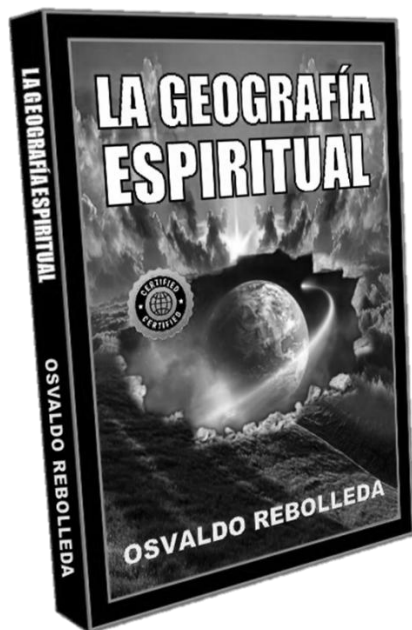


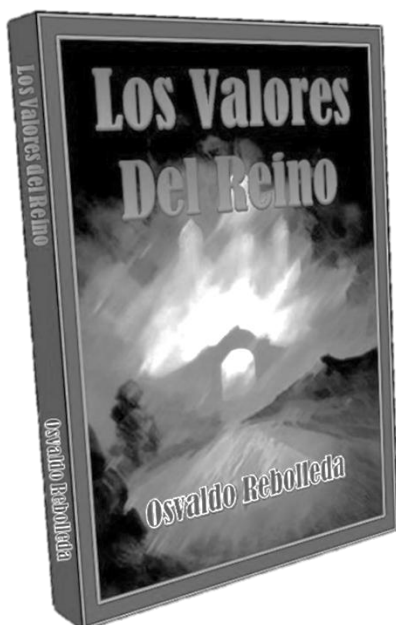
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

